

# No diferente de los demás

Una novela

de

Markus Vinzent



*Um ehrlich zu sein, muss man wissen.  
Um tapfer zu sein, muss man verstehen.  
Um gerecht zu sein, darf man nicht vergessen.  
(Ernst Toller)*

## Capítulo 1: Exploraciones

### Sola en Berlín

Anika se quedó mirando fijamente el anuncio. Lo que entonces aún no sabía, se dijo, se me fue haciendo más claro hacia el final: la doctora Tamar Serach, la mujer cuyas huellas seguía yo en los archivos de Berlín, había puesto en juego su vida con un solo anuncio en un periódico.

**11 de octubre de 1926**

Hasta aquella mañana de lunes, Tamar había tenido que armarse de paciencia, y no sin esfuerzo. Como surgidos de la nada, se oyeron unos pasos firmes; no era el taconeo menudo de su vecina, ni los pies arrastrados del anciano inquilino del piso de arriba; tampoco se parecían al sigiloso andar de la curiosa portera. Ya se levantaba la tablilla de la ranura del correo y por ella se deslizó un sobre tan gris como el de la semana anterior, en el que había llegado *La Compañera*.

Más impetuosa que de costumbre, echó mano al paquete. No se atrevió a abrir la puerta para comprobar si su vecina había estado observando al cartero y, por eso, arrastró el envoltorio hacia el interior de la vivienda más despacio de lo que le habría gustado. Antes siquiera de que llegara a posarlo sobre la mesa, ya lo había rasgado de arriba abajo y contemplaba, acalorada y al mismo tiempo temerosa, varios sobres que asomaban del paquete abierto.

El primer sobre era de un gris aún más oscuro que el paquete del que lo había sacado. Sin remitente.

Con impaciencia, pasó un cuchillo afilado por el borde, recorrió con la mirada el remitente abreviado y extrajo una breve carta que comenzó a leer:

*Estimada señora:*

*Su anuncio no deja lugar a dudas. Conozco a mujeres como usted.*

*La discreción es para mí cosa natural. Yo marco el tono; mis amigas están acostumbradas. Los encuentros, sólo en mi casa.*

*Si habla en serio cuando escribe lo que escribe, ya sabe lo que tiene que hacer.*

*E.*

La doctora Serach dejó caer la nota.

¿Era ése el tono que provocaba su anuncio?

No, pensó, así no se había imaginado el futuro. Ella no buscaba una prostituta, no quería pasar de un bando al otro.

Inquieta, sacó del cajón cerrado de su escritorio el texto del anuncio que había entregado tres días antes:

*Incluso en Berlín se puede estar sola. Por eso, joven treintañera de formas llenas busca por esta vía contacto social con amiga trabajadora, dominante. Of. 1419 Verl.*

Tamar volvió a leer en voz baja lo que había escrito a máquina. Orgullosa de haberse atrevido, temblando y preocupada por lo que había puesto en marcha y por lo que pudiera aguardarla. Se había preguntado si obtendría siquiera alguna respuesta a aquel riesgo que había corrido.

Ahora tenía ante sí los primeros resultados.

No se atrevió a abrir la siguiente carta.

Apartó la primera respuesta, también el envoltorio con las demás contestaciones. Se sentó a la mesa de la cocina, tomó su taza de té, volvió a coger la pluma estilográfica y continuó la carta que había interrumpido cuando el cartero introdujo el sobre anónimo por la ranura de la puerta. Había sabido de inmediato que serían las primeras reacciones a su anuncio en *La Compañera*. Quizá hubieran incluido también el nuevo número de la revista en el que aparecía su anuncio.

Ante ella estaba la carta empezada, pero no lograba concentrarse en sus líneas. En vez de ello, su mirada se desplazó hacia el borde, hacia aquel discreto portador de mensajes del futuro.

¿Llaves?

Se preguntó a qué puertas encajarían: ¿agachadas, estrechas, nobles, vulgares, ciegas, incluso de mala reputación?

Sus pensamientos se extraviaron hacia el futuro, se resistían a abrir las distintas puertas y, sin embargo, se colaban tras ellas, tanteaban los pasillos que había al otro lado, las paredes, buscaban sus colores, palpaban la superficie de los papeles pintados, sentían curiosidad por los cuadros allí colgados, comprobaban si eran originales o reproducciones, comparaban los desvaídos con los luminosos, medían la cercanía y la distancia hasta la puerta siguiente; de pronto percibían un olor a madera de cedro, entremezclado con almizcle, luego con hierba limón; la puerta siguiente, la noble, la sorprendía con un olor a cerrado que no había tenido que soportar desde la última vez que estuvo en el dormitorio de su abuela.

Se preguntó si no sería menos peligroso cancelar la suscripción y comprar cada nuevo número en un quiosco de Schöneberg; pero temía que precisamente así se expusiera aún más al peligro de ser descubierta y denunciada.

Demasiado arriesgado en su posición.

Algo perdida y, al mismo tiempo, cada vez más excitada, continuó la carta que estaba escribiendo, sin conseguir desprenderse de las imágenes y los olores. Primero volvió a leer el comienzo que ya había redactado:

*Querido Tate:*

*aunque todavía no es oficial, mi superior me comunicó en la reunión de cierre del año que, en reconocimiento a mi concienzuda labor, voy a ser ascendida a una de las primeras consejeras de policía de Berlín y Prusia. Sólo se está a la espera de la aprobación ministerial por escrito, aunque el placet ya ha sido concedido verbalmente. Como hasta ahora, deberé ocuparme de la supervisión de los ámbitos de delincuencia juvenil, cuestiones de moralidad y asistencia a mujeres y muchachas; pero se añadirá un nuevo campo: la regulación de los afectados por el § 175. Creo que tú y Mame podéis volver a sentirnos orgullosos de este nuevo paso en mi vida.*

Aquí se había interrumpido, había corrido febrilmente hacia la puerta y se había arrojado sobre lo imprevisible.

Y se había asustado de su propia impetuosidad, que no conocía en sí misma.

Que tampoco quería permitirse.

Hundió la pluma estilográfica en el tintero que tenía delante. Dejó escurrir la tinta de la plumilla. La apoyó sobre el papel cuando consiguió reconciliarse con el trazo:

*El esfuerzo de mis estudios de Derecho y Economía y el suplicio de mi tesis doctoral han valido la pena; pero sin tu sugerencia de escribir la tesis sobre administración policial y*

*moralidad pública, difícilmente se habría presentado siquiera la posibilidad de semejante ascenso. Es que no eres sólo jurista y editor, sino también un profeta que conoce al dedillo el estado de ánimo de la política internacional y de la administración berlinesa.*

*A sheynem dank. Saluda a Mame de mi parte,*

*Tu Tamar*

Volvió a leer la carta. Aunque apenas eran unas líneas, sus padres no se sentirían decepcionados, pese a la preocupación que les causaba que ella siguiera sin mantener relación alguna con un hombre y que, por tanto, no ofreciera perspectiva de matrimonio ni descendencia, sino que, con su nueva posición profesional, aumentara más bien la incertidumbre de sus padres.

Sin duda era una de las grandes decepciones que hasta entonces les había causado.

Le vinieron a la mente imágenes de sus veinte años. Durante aquellos años, sus padres habían invitado varias veces a casa a un joven empresario judío que había levantado un negocio floreciente con la importación de fruta desde Königsberg y Berlín. Según el juicio de su padre, aquel hombre encarnaba el futuro más natural: fiable, culto, de buena familia; un hombre que parecía adecuado para Tamar y que podría proporcionarle seguridad económica si ella se dedicaba a formar una familia en lugar de proseguir su carrera profesional.

Tamar no había rechazado su cortejo, pero tampoco había cedido a él.

No había querido ceder.

Cuando finalmente el exitoso joven habló de compromiso, ella le explicó con calma, aunque no sin determinación, que primero quería trabajar, quizá dedicarse a la asistencia social, pero en cualquier caso no convertirse inmediatamente en esposa y madre. Él debía comprenderlo y, si insistía en formar una familia, sería mejor que buscara a otra.

La decepción fue grande, aunque no insuperable, pues pocas semanas después supo por el círculo familiar más amplio que había aparecido otra joven dispuesta a servir al joven empresario.

Para sus padres resultaba difícil comprender su decisión.

Rechazar un paso vital tan prometedor, preparado por ellos.

Sin haberlo consultado con ellos.

Esperaba que mediante aquellas líneas pudiera hacer comprender a su padre por qué quería vivir, y vivía, como vivía. En una carta a su hermana Lea se lamentaba de lo difícil que le resultaba que a su madre no le hubieran interesado «las cuestiones» de su tesis doctoral y que su padre se hubiera limitado a señalar sutilezas jurídicas y corregir erratas, mientras que ante ambos tuviera que «callar aún más sobre lo otro».

Concluía, generalizando:

«Es triste: el triste destino de dos generaciones.»

Lea sabía, evidentemente, de la inclinación de su hermana.

Tamar ya estaba preocupada por cómo se lo explicaría a sus padres si recibía una respuesta al anuncio.

Mejor no plantearse ahora esa pregunta, pensó, y mucho menos responderla.

Primero, el trabajo.

Lo otro:

¡más tarde!

Su vida parecía haber dado dos pasos de milla de una sola vez.

Aunque le costaba volver a concentrarse en su trabajo policial, tomó un informe sobre el que debía pronunciarse:

*Solicitud de permiso al presidente de la policía para poder vestir ropa de mujer: nueva petición.*

*En marzo de 1922, uno de sus funcionarios me comunicó verbalmente que, por razones de orden público, no se me concedería permiso para vestir ropa de mujer y que incluso podrían tomarse medidas contra mí si se me encontrara vestido con ropa femenina; pero quisiera ponerle en conocimiento de lo ocurrido este fin de semana en nuestro barrio.*

*Por la mañana fue encontrada, colgando del emblema situado sobre un salón de baile, una corpulenta figura femenina. Durante el examen se comprobó que se trataba de un hombre vestido con ropa de mujer... Los médicos opinan que el desconocido cometió suicidio en un acceso de perturbación mental. ¿Perturbación mental? ¿No podría haberse evitado el caso de muerte mediante medidas de orden público? Por ello renuevo mi petición y mi consulta de hace algunos años. Ruego tenga a bien darme una respuesta favorable.*

¿Qué debía aconsejar al presidente de la policía?

Desde el punto de vista jurídico, no veía impedimento alguno para vestir ropa propia del otro sexo. Desde la promulgación del Código Penal del Reich de 1871, el § 175 sólo se refería a la «fornicación contra natura» limitada a los hombres; únicamente en el caso de relaciones «de personas con animales» se entendía incluidas también a las mujeres.

Por la práctica jurídica, la doctora Serach sólo conocía condenas por actos de carácter semejante al coito entre hombres. Hacía referencia al conocido caso del artista Ernst Mittenstedt. Éste se había presentado ante el tribunal, para defenderse, vestido con ropa de mujer, y la policía criminal conocía su costumbre sin haber intervenido. En general, el entonces jefe de la sección berlinesa de homosexualidad, el doctor Behrend, había señalado que vestir prendas del otro sexo no estaba prohibido por la ley. Respaldaba así la denominación de *travestismo* introducida por el doctor Magnus Hirschfeld para tal práctica, aunque éste insistía en que no se hacía por diversión ni como expresión de homosexualidad, sino que las personas se vestían de la manera que correspondía a su propio sentir, incluso cuando sentían encontrarse en un cuerpo equivocado.

En su dictamen citó también el decreto berlinés sobre el «tratamiento de los llamados “travestidos”». Mediante este escrito, publicado en 1922, se instruía a los policías para que no detuvieran sin motivo a tales personas. Citaba: «Si se prescinde de la prostitución masculina, el travestismo carece en general de relevancia criminal. La opinión todavía extendida entre el público de que las personas disfrazadas son delincuentes encubiertos —carteristas, espías, tratantes de blancas, etc.— carece de fundamento». Ni siquiera debía calificarse a estas personas de homosexuales. En caso de que fueran detenidas, debía registrárselas, pero entregárseles un *certificado de travestido*, mediante el cual se confirmaba que «todo se encontraba dentro de un ámbito respetable».

¿Qué podía haber de malo en aquella práctica?, se preguntaba la doctora Serach. Si uno podía disfrazarse en carnaval, ¿por qué no en otros días? ¿No recurría la propia policía al travestismo? Hizo referencia al caso de agentes que se disfrazaban de mujeres cuando querían sorprender *in flagranti* a delincuentes que, a última hora de la tarde o por la noche, acechaban en el parque municipal de Berlín a señoras mayores vestidas con ropa de mujer, para asaltarlas y robarles los bolsos y monederos.

A ella misma nunca se le habría ocurrido vestir ropa de hombre, como hacía su hermana Lea, pues ya estaba obligada a presentarse formalmente durante todo el día en la oficina. Traje oscuro, de corte severo y ceñido, cerrado hasta el cuello, sin adornos: un uniforme sin ser uniforme, que mostraba menos quién era ella que impedía que la tomaran por lo que no debía parecer.

Masculina, no.

Mujer: sí.

Seductora: no.

Policía, simplemente.

Todavía algo decepcionada por la primera respuesta a su anuncio, apenas se atrevía a tomar en sus manos los demás sobres y abrirlos. Pero entonces la invadió un anhelo por lo desconocido que no pudo contener. Quería separar del manojito de llaves aquella única llave que encajara.

Cogió el siguiente billete gris, después sacó la siguiente oferta de su envoltorio y contó las que quedaban.

Dos, tres, cuatro, cinco.

Todavía veía esperanza, aunque temía que ésta disminuyera con cada número.

*Muy estimada señora:*

*he leído su anuncio y me considero adecuada, pues trabajo y soy una persona de confianza. Me complacería conocer más detalles.*

*Atentamente,*

*M. K.*

A primera lectura, aquellas líneas no le causaron en absoluto una impresión negativa. «Trabaja», «de confianza»: aquello le atraía. Pero de algún modo sonaban lisas, casi planas. No quería un espejo de su vida de servicio. Buscaba resistencia, pero lo que tenía delante parecía carente de tensión y, además, falto de formación.

*Muy estimada desconocida:*

*la palabra «dominante» me hizo dudar y precisamente por eso me hizo escribirle. Quizá no queramos decir lo mismo.*

*Quizá sí.*

*F.*

Puso esta carta encima de las demás. Que F. expusiera abiertamente su inseguridad le imponía. También que hubiera mencionado «dominante», un elemento que la doctora Serach había colocado deliberadamente.

*Muy estimada señora:*

*no le escribo porque esté acostumbrada a asumir responsabilidades — también por aquello que otros dejan en mis manos—,*

*sino porque la responsabilidad es el fundamento de la amistad.*

*Si responde, escriba solamente cuándo.*

C. W.

La doctora Serach estaba desconcertada: tantas voces, incluso varias que le hablaban de un modo que la alcanzaba. Desde la mañana hasta la noche tenía que comportarse de manera dominante en la oficina, con los colegas, con los delincuentes, con los agentes ejecutores, impartir órdenes, disponer detenciones.

Con éxito, como se lo demostraba su vertiginosa carrera.

Cuando por la noche cerraba la puerta detrás de sí, deseaba poder dejarse caer, entregar las riendas a alguien en quien pudiera confiar. Para ella, la cercanía se expresaba en dejarse envolver por completo.

También apartó la carta de F.

La vacilación y el riesgo nunca habían sido cosas que la atrajeran; no quería dejar en suspenso la posición dentro de la relación. Volvió a tomar la carta de C. W.

Allí no había presión, no prometía nada, sino que mostraba disposición a asumir responsabilidad.

La doctora Serach ordenó las cartas como solía jerarquizar los expedientes.

En primer lugar puso a C. W.

Con su pluma estilográfica escribió, no sin apoyar y retirar dos veces la plumilla ante cada una de las iniciales:

*Muy estimada C. W.:*

*Qué le parecería el viernes, 15 de octubre.*

Había decidido conscientemente no poner signo de interrogación.

Tampoco signo de exclamación.

Sólo quería dejar abierta una cosa:

¿Dónde?

La pluma se detuvo.

Lo primero que se le ocurrió fue el Café Josty, en Potsdamer Platz. Allí estarían sentadas entre una multitud de clientes: hombres de negocios, compradores, viajeros. Ella ya había estado allí muchas veces sola, pero incluso dos mujeres sentadas a una misma mesa llamarían la atención. Las verían, quizá incluso repararían en ellas.

Tampoco podrían desaparecer sin más.

Un camino a medias entre T. S. y C. W.

Desechó la idea porque no quería un primer tanteo, ningún juego de poder y postura. Con el anuncio se había asomado mucho más allá de la ventana de su piso y de sus costumbres de vida. Pero quería abandonar su zona de seguridad, exponerse a alguien que pudiera mostrarse más segura de sí misma de lo que ella se sentiría.

Además, quería sentarse más cerca, quizá incluso de una manera algo más íntima que en el Josty.

Añadió:

*Viernes, 15 de octubre, 17 horas.*

*Café Vaterland, Potsdamer Platz. Sala contigua.*

No firmó con su nombre completo.

T.

Sólo después de doblar la carta e introducirla en el sobre advirtió que la mano ya no le temblaba.

No por valentía.

Sino porque había tomado una decisión que la comprometía.

Fuera cual fuese el precio.

## El ataque

La doctora Serach dobló su respuesta a C. W. La dejó junto al anuncio y pasó las yemas de los dedos por la leve huella que la plumilla había dejado marcada en el papel. Siguió los giros de su escritura, que hacia el final se habían vuelto cada vez más ligeros y después, aún más perceptiblemente, contenidos.

¿Había sido un gemido, un suspiro o sólo una respiración profunda?

Oscilaba entre el orgullo y el haberse vencido a sí misma.

Qué no habría dado en aquel instante por poder saber qué había puesto en marcha con aquello.

Volvió a recorrer los trazos de su escritura y se sobresaltó ligeramente al comprobar con cuánto peso había marcado el último punto detrás de la T.

A pesar de los cien años que me separaban de ella, cuando estaba sentada en Berlín ante aquellas respuestas al anuncio y leía al mismo tiempo las anotaciones personales de Tamar sobre aquel momento, podía sentir el peso de aquel instante; tanto más porque tenía ante mis ojos la importancia que su paso y su decisión de dar la cara habían tenido para ella y para C. W.

Y para mí, hoy.

20 de enero de 2025, Washington D. C.

*Protección de las mujeres frente al extremismo de la ideología de género y restablecimiento de la verdad biológica en el Gobierno Federal.*

Leí aquellas líneas varias veces, aunque unos meses antes me había jurado no volver a prestar atención a semejante literatura política y, en general, dejar de exponerme al constante goteo de propaganda. Pero, a la luz de la historia de Tamar, se me imponía, y sabía que no podía protegerme de ella. Tanto más cuanto que mi lectura de Tamar empezaba a inscribirse en mi propio presente.

*En virtud de la autoridad que me confieren la Constitución y las leyes de los Estados Unidos de América... por la presente se ordena...*

Dos sexos.

Inmutables.

Como si Tamar, Hirschfeld y todos los demás nunca hubieran existido.

Como si nadie hubiera pensado jamás que los seres humanos podían vivir de otra manera que la exigida por los Estados.

Metí el papel en un libro de Jakob Rosenhain que tenía delante, sobre la mesa. La disputa en torno al cuerpo y al sexo era más antigua que aquel Gobierno.

Mucho más antigua.

Mi vestido de noche colgaba ante mí.

Me invitaba.

Se ciñó suavemente a mi piel cuando me lo deslicé por el cuerpo. Me pareció estar rozando otra piel.

Valery me había enviado una invitación, típicamente inglesa, en papel de seda:

«Para Anika, de Valery».

Sabía dar forma al lenguaje y a las letras.

Para prepararme para mi cita con Valery me maquillé con colores que armonizaban con el vestido de satén, largo hasta los pies. El espejo revelaba que la tela se abría a la altura de la entrepierna.

Cuando salí del cuarto de baño, mi mirada cayó involuntariamente sobre las líneas negras de la hoja blanca que antes me había ocupado, aquel escrito político que me parecía propaganda barata, lejos de ser un paño rojo que pudiera enfurecerme; más bien un papelucho miserable de una pretensión que se hundía.

¿Por qué, me pregunté mientras comprobaba el trazo de mi lápiz de labios, quiere protegerme de personas que viven más allá de la diferencia binaria entre hombre y mujer precisamente aquel cuyo poder se ha rozado contra cuerpos de mujeres; mujeres nacidas en un cuerpo masculino y que, sin embargo, se sienten mujeres, como yo? ¿Cómo puede semejante hombre hablar de una «protección de las mujeres» cuando condena también mi inclinación hacia las mujeres? ¿De dónde saca sus «hechos biológicos»?

Sacudí la cabeza, cogí el papel y quise preguntarle a Valery cómo veía ella, desde su perspectiva inglesa, aquella evolución en Estados Unidos. ¿Seguiría queriendo viajar a Chicago para el congreso que tenía previsto, dada aquella situación política?

Conocía la biografía del doctor Magnus Hirschfeld, quien ya a comienzos del siglo XX había descrito extensamente la predisposición biológica de la homosexualidad y ya entonces había combatido afirmaciones como las del panfleto norteamericano. En su biografía había encontrado los comienzos de la lucha contra el § 175 en Alemania y contra el § 129 austríaco, quizá aún más severo, que incluía también a las mujeres.

Metí el texto en el libro de Hirschfeld y guardé ambos en mi bolso: material más que suficiente para la conversación después de la función teatral, pensé.

Como en tiempos de Hirschfeld, así también la América de ahora.

Aparato: expedientes, diagnósticos y conceptos.

En aquel momento me sentí humillada.

Yo.

Y personas de generaciones pasadas.

Y, sin embargo, habían existido los Hirschfeld, los Rosenhain, los Hartung, que habían defendido con valentía a personas trans y a quienes vivían entre los sexos.

La sociedad no era blanca y negra, no estaba formada únicamente por conservadores, radicales o, al otro lado, izquierdistas y, entre ellos, burgueses, como me habían enseñado a ver el mundo en casa.

Al revisar las publicaciones correspondientes de los años veinte me encontré con otro pasado: una oleada, sobre todo en Alemania, pero también en Francia e Inglaterra, que se rebelaba contra el *Biedermeier* y contra la artificialidad de la imagen del ser humano. Figuras

destacadas se negaban a ocultar sus cuerpos como exigía la sociedad y, por el contrario, los concebían como receptáculos de las fuerzas curativas del sol y del viento, como parte del ritmo de la naturaleza. El entusiasmo por lo natural ponía en cuestión las prescripciones morales, empujaba a jóvenes y adultos al aire libre, creaba movimientos juveniles que defendían el deporte y una conciencia nacional ligada a él.

Pero con todo ello iban unidas también ideas racistas, algo que me sorprendía y me preocupaba.

No me explicaba cómo semejantes ideas habían podido embriagar a mi padre, pero me permitían intuir cómo, desde el movimiento juvenil, había llegado a un entusiasmo nacional que lo hizo formar parte del Movimiento.

Sin que ni él ni mi madre me hubieran revelado su historia durante mi infancia y mi juventud.

En una existencia de sombras, aquella actitud probablemente había infectado en silencio a mis hermanos y los había reafirmado en la manera de acercarse a mí como lo hicieron.

El racismo siempre se dirige contra los cuerpos.

Contra los masculinos.

Y aún más contra los femeninos.

Todo el mundo conoce un cuerpo así, lo toca, se vuelve adicto a él, lo golpea, hace con él lo que quiere y después pretende además triunfar sobre él, meterlo en un cajón y guardarlo allí.

Precisamente porque el cuerpo posee más fuerza simbólica que los desfiles y que las banderas y los himnos que los flanquean.

Los libros racistas son a menudo libros de cuerpos, también libros de imágenes.

El racismo homófobo los convierte en libritos de imágenes equívocas.

En formato de álbumes de cromos de cigarrillos.

*Alemania despierta*: una imagen corporal.

Himmler declaró a los hombres homosexuales una epidemia y un peligro para la «fuerza del pueblo». Las mujeres, en cambio, eran para él combustible destinado a alimentar esa fuerza del pueblo, por ejemplo en diez de los grandes campos de concentración en los que, a partir de 1942, instaló burdeles no para las SS, sino para prisioneros varones que tenían que servir como vigilantes: la perversa combinación, víctimas de las víctimas y para víctimas.

Las imágenes de mujeres que mostraban «falta de atractivos femeninos» conducían, según Himmler, «al Estado de los hombres hacia la homosexualidad».

Eso no podía decirse de la doctora Tamar Serach, a quien todavía conoceremos más de cerca, aunque estuviera buscando una compañera.

Y, sin embargo, mujeres como ella no cayeron en el punto de mira en la misma medida que los hombres homosexuales, aunque las mujeres nunca estuvieron seguras.

Y menos aún cuando reunían en sí judaísmo y homosexualidad: para los nacionalsocialistas eran las brujas del diablo.

Aquí no servían más que el martillo y los golpes.

La historia conoce otro nombre para eso.

Macbeth se me metió en los sentidos, bajo la piel.

Las brujas siguen viviendo, más tiempo que aquellos cuyas vidas esbozan.

Los que se proclaman milenarios a menudo sólo duran unos pocos años, se matan a sí mismos o acaban en la horca. Quien se hace hombre, quien se eleva a *Führer*, se arrastra hasta un escondite, se ejecuta a sí mismo o, como Nicolae Ceaușescu o Muammar al-Gaddafi, acaba fusilado.

Aquí no sirve ningún profeta: quien se convierte en rey para siempre no tiene una reina a su lado, a menos que ella sostenga el puñal en la mano izquierda o la serpiente en su vaina.

Aquella enseñanza no era teórica.

Tampoco una enseñanza de las tablas del escenario de Shakespeare.

El movimiento nazi debería haberlo sabido por sus propias realidades, como pronto iba yo a aprender de los documentos.

En los últimos años me había sumergido en la historia del nacionalsocialismo desde mi tesis doctoral en Cambridge sobre la artista exiliada Hulda Mannheimer, que quedaba ya bastante atrás.

Después de perder a mi compañero de muchos años y a mi acompañante femenina, también de muchos años, desde hacía menos tiempo había iniciado una relación con Valery, mi pareja y lectora crítica, ella misma historiadora del arte, como yo. Y aquel periodo transcurrido desde que había vuelto a encontrarme con ella me había permitido vivir las pérdidas y volver de nuevo al tema anterior.

Porque no había conseguido cerrar el capítulo de la época nazi.

Estaba demasiado entrelazado conmigo misma.

Era también un tema constante de conversación con Valery, aunque a veces ella hubiera deseado que yo pudiera dejar de lado el trabajo de vez en cuando.

Pero eso era fácil de decir.

Para mí no era trabajo; era sumergirme en mi pasado, en las oscuras experiencias que había tenido que vivir con mis dos hermanos dentro de la familia y, después de la muerte de mis padres, en el perturbador descubrimiento de que mi padre había estado implicado en la historia del nacionalsocialismo que yo estudiaba.

No, no era trabajo.

Era el intento de aprender a vivir con aquel pasado.

También Valery lo sabía.

Y se esforzaba por llevar conmigo aquella carga y hacérmela más ligera.

Podría haber sacado el Hirschfeld del bolso, ponerme el abrigo y echarme simplemente a andar.

No lo hice.

Aquel tiempo me quedaba demasiado cerca.

Grabado a fuego en la piel.

Incluso sin tatuaje.

A través de Hulda había llegado al Hospital Infantil Judío de Berlín, donde Hulda había recibido su primer encargo público. Tras varios años de investigación había escrito primero un libro sobre ella y después otro sobre la historia de aquella institución judía, una de las pocas que habían sobrevivido a la época nazi y a la Segunda Guerra Mundial.

Al estudiar aquella institución me encontré con la consejera de policía Martha Mosse y con su colega Tamar Serach.

Serach ya no me soltó, porque sobre Mosse se sabía algo más, mientras que la información sobre la vida y la actividad de Serach era difícil de encontrar y a menudo sólo podía deducirse por paralelos con Mosse.

Pero precisamente Tamar, como descubrí, tendía un puente hacia mis trabajos anteriores y enlazaba entre sí los distintos temas que me habían ocupado.

Y me conducía aún más profundamente hacia mi propia historia, como habría de verse.

A esas alturas yo estaba acostumbrada al trabajo de archivo. Desde el comienzo de mi carrera académica me había ocupado de la historia entre las dos guerras mundiales, en particular de artistas, escritoras y escultoras, y después de medios e instituciones.

Lo que podía leerse en los expedientes y papeles —y lo que yo creía ver entre líneas— comenzaba en 1925.

Serach tenía entonces treinta y tres años. Procedía de una conocida familia berlinesa de juristas, pero ni siquiera su primo, hijo de un célebre editor, que emigró a Estados Unidos y allí se convirtió en un conocido historiador, la menciona en su autobiografía.

Parecía ser un miembro sin nombre de la familia.

Sólo en el Archivo Regional de Berlín encontré, después de largas investigaciones, expedientes administrativos y personales sobre Tamar Serach: material tanto sobre su nombramiento y ascenso como sobre procedimientos disciplinarios y su destitución; y en el archivo de la Academia de las Artes, documentos personales correspondientes a la época anterior a su expulsión del servicio policial.

Después, en el archivo del Instituto Leo Baeck de Nueva York, encontré sus «Recuerdos», escritos a máquina por ella misma, que me permitieron avanzar.

Más tarde hallé otros materiales, también conjuntos de documentos de carácter personal, copias de cartas y anotaciones.

A partir de ellos intenté reconstruir su trayectoria y sus experiencias.

Uno de los primeros testimonios me condujo, como a los conquistadores de comienzos del siglo XVI, hacia El Dorado, aunque no al legendario país del oro de Sudamérica.

Allí, según cuenta la leyenda colombiana, cuando el nuevo príncipe accedía al poder, cubrían su cuerpo con polvo de oro. Después, el príncipe navegaba hasta el centro de un lago de montaña sobre una balsa dorada cargada de objetos de oro y piedras preciosas. El oro era arrojado al agua y el príncipe se lanzaba tras él a las profundidades, de modo que el oro se desprendía de su cuerpo y se hundía, junto con las demás riquezas, hasta el fondo.

Aquí, para los berlineses, y no sólo para los hombres de Berlín, El Dorado quedaba mucho más cerca.

También cubierto de polvo, telas y tul, existía de verdad y se podía tocar, en plena capital del Reich, en Charlottenburg, en la esquina de Kantstraße con Bleibtreustraße.

En 1924 había sido instalado como local de baile en la planta superior de un antiguo café. Ya en 1926 el *Eldorado* se trasladó a la esquina de Martin-Luther-Straße con Augsburger Straße y, bajo el mismo nombre, invitaba a hombres y mujeres, homosexuales, *travestidos* y heterosexuales, sobre todo a la buena sociedad, a contemplar actuaciones de bailarines y bailarinas.

Una noche, la doctora Tamar Serach fue enviada por su comisaría a aquel local a causa de un caso de robo. Además, quería investigar unas quejas presentadas contra el establecimiento.

Procedían de la *Comunidad de los Otros*, una asociación de «homosexuales decentes» que protestaban con gran energía «por ser equiparados con personas como las que frecuentan este local».

Entre las competencias de la doctora Serach se encontraba también la supervisión de las infracciones comprendidas bajo el § 175 y, por tanto, la cuestión de si en aquel lugar de diversión podían constatarse conductas de ese tipo.

En sus investigaciones preliminares, la doctora Serach había encontrado el expediente del denunciante, Ernst Julius Röhm.

Ya en 1924 había sido visto en distintos clubes nocturnos berlineses, entre ellos el *Kleist-Kasino*, la *Silhouette*, la *Internationale Diele* y precisamente el *Eldorado*. Se decía que había mantenido relaciones homosexuales con otros hombres en baños de vapor, aunque nunca había podido demostrarse de manera concluyente.

Pero en una ocasión, en 1925, él mismo había hecho que su nombre quedara registrado en los expedientes: el caso que la doctora Serach tenía ahora que investigar.

Röhm había denunciado por robo a un joven prostituto llamado Hermann Siegesmund. Según él, el muchacho había estado en su habitación de hotel y le había robado el resguardo de consigna para poder llevarse con él su maleta.

Para llegar al fondo del asunto, la doctora Serach había visitado los distintos establecimientos, había recabado información, interrogado a propietarios y clientes, y también al acusado por Röhm.

En el *Eldorado* encontró enseguida lo que buscaba y pudo tomar declaración al hombre acusado por Röhm.

Siegesmund declaró que aquel día Röhm lo había invitado a su habitación y que debía quedarse allí también durante la noche; pero cuando Röhm no sólo quiso de él caricias amorosas, por las que debía pagarle, sino que además intentó obligarlo a mantener relaciones sexuales homosexuales, la situación se había vuelto demasiado peligrosa para él, Siegesmund.

Finalmente había logrado librarse del fuerte Röhm, antiguo soldado, antes de que llegara a producirse el delito.

La doctora Serach había archivado el caso, pero no había seguido investigando el intento de robo; tampoco consideraba que se hubiera producido una infracción del § 175.

Sólo la prensa se rio del caso:

«Si de noche en Berlín vas,  
de tu maleta cuidarás.  
La policía pasa sin ruido,  
mira... y nada ha visto.»

Las SA aprovecharon el «caso Röhm» para rastrear a gran escala a hombres homosexuales en el Reich, perseguirlos, desarticular «camarillas homosexuales» y declararlos «enemigos del Estado».

Todavía la pena prevista por el § 175 estaba limitada a cinco años, antes de que en los años treinta se elevara hasta diez años de presidio y dejara de perseguirse únicamente el coito anal para castigar cualquier forma de «fornicación», condenándose cada año a unos 8.000 hombres.

Pero todavía era la doctora Serach quien tenía en sus manos la interpretación en Berlín.

## Al servicio de Hartung

13 de octubre de 1926.

Con la carta de respuesta —dirigida a la editorial de *Die Gefährtin*— en la mano, se dirigió a la gran oficina de correos del Alex y compró un sello. Sin vacilar, echó la carta al correo. Después entró en la Jefatura de Policía para consultar el plan del día y de la semana. Ya en el pasillo la saludó un colega:

—¡Enhorabuena, señora consejera de Policía!

—Oh —respondió—, ¿ya es oficial?

—Esta mañana nos han dejado firmar una tarjeta de felicitación para usted.

Por primera vez, la Dra. Serach se sintió cohibida, algo que rara vez le ocurría. Dio las gracias y entró con paso firme en su despacho. Sus colegas se levantaron de las sillas, aplaudieron y la felicitaron. En efecto, sobre su escritorio, por encima de la agenda y los expedientes, destacaba una gran tarjeta de felicitación. A su lado se apoyaba un pequeño sobre con el remitente: *El Ministro del Interior de Prusia. Personal del Ministro.*

—Oh, ¿el ministro en persona?

Sus colegas sonrieron. Abrió con cuidado el sobre, y los hombres que estaban a su alrededor la instaron a leer el texto en voz alta.

*Señorita Dra. Tamar Serach. Berlín. Jefatura de Policía*

*¡Muy estimada señorita Dra. Serach!*

*Muchas gracias por sus felicitaciones con motivo de mi nombramiento. Mi alegría es doble, porque ahora he conseguido para usted aquello a lo que, en mi opinión, tenía derecho desde hace mucho tiempo. Mi más cordial enhorabuena por su ascenso y nombramiento como consejera de Policía.*

*Con mi más distinguida consideración y cordiales saludos,*

*su muy atento servidor*

*Grzesinski*

No era mujer de grandes discursos. Dio brevemente las gracias a los rostros que la miraban con reconocimiento y señaló lo extraordinario de aquel acto:

—Acepto este ascenso a consejera de Policía en representación de las muchas mujeres que trabajan en la Policía. Prusia ha dado un paso importante con este ascenso. Es menos un reconocimiento de mi persona que un reconocimiento de la mujer. Porque las mujeres no sólo constituyen, en sus funciones tradicionales, uno de los pilares del país; también lo hacen en otros ámbitos de la sociedad. Este ascenso constata que también las mujeres tienen futuro en Prusia y que Prusia tiene futuro con las mujeres.

Sus colegas la aplaudieron, la única mujer, junto con la Dra. Martha Mosse, de su departamento. También la Dra. Mosse felicitó a su colega y se alegró de que ahora, siendo dos consejeras de Policía, hubieran dado a su departamento una posición especial dentro de la Policía berlinesa y prusiana y formado una punta de lanza para las mujeres. Era incluso algo más: al mismo tiempo, un acto de superación de las propias mujeres dentro de un dominio hasta entonces gobernado por hombres.

Con modestia, la Dra. Serach ocupó su lugar detrás de la placa que indicaba su nuevo rango, ordenó sus expedientes y salió para acudir a la primera cita del día.

Tenía en el punto de mira la editorial de Wilhelm Hartung en Berlín-Wilhelmshagen, así como al médico y muy leído autor Dr. Jakob Rosenhain, y después quería visitar a Sylvia Enner, redactora de *Frauenfreundschaft*, que se ocupaba de aquella y de otras publicaciones semejantes.

Después de que el Gobierno del Reich comenzara a trabajar en un proyecto de ley «para preservar a la juventud de la literatura basura e indecente», de que durante las últimas semanas la Policía de Hamburgo hubiera prohibido la venta pública en la calle de revistas como *Die Insel*, *Die Freundschaft*, *Die Freundin* y *Die Gefährtin*, y de que también en Múnich el *Freundschaftsblatt* hubiera desaparecido de los escaparates de las tiendas, la Dra. Serach debía iniciar una investigación preliminar para Berlín a fin de determinar si había que adoptar medidas en la capital y, en caso afirmativo, cuáles.

En el tranvía camino del Alex y, desde allí, en el tren urbano hacia Wilhelmshagen, repasó las notas que había reunido durante los días anteriores sobre Wilhelm Hartung.

Hartung rondaba los cincuenta años y llevaba ya varios publicando la revista *Der Andere*. En el registro policial, la Dra. Serach encontró una anotación del año 1900 según la cual Hartung había tenido que cumplir doce meses de prisión por haber agredido «simbólicamente» y «físicamente» a un diputado del Reichstag. En 1905 volvió a ser condenado, esta vez a dos meses de prisión, por difusión de escritos obscenos; finalmente, en 1907, recibió otra condena de año y medio después de haber hecho público que el canciller del Reich, Bernhard von Bülow, mantenía una relación homosexual. La Dra. Serach encontró en el fichero otras revelaciones y condenas de Hartung.

A la Dra. Serach le preocupaba que Hartung fuera desde 1903 presidente fundador y presidente de la *Gemeinschaft der Anderen*, que no sólo propagaba el amor homosexual entre hombres y luchaba por la abolición del § 175, sino que defendía asimismo la continuación de la pederastia de la Antigüedad griega. ¿Por qué, se preguntaba la Dra. Serach, sólo le interesaba el amor entre personas del mismo sexo cuando se trataba de hombres y no también entre mujeres? ¿Por qué se exponía a infringir la protección de menores, por qué se ponía en peligro a sí mismo y a aquella sociedad? Sólo la tranquilizaba que, desde su matrimonio con una enfermera en 1920, Hartung hubiera llamado menos la atención pública.

Hartung se mostraba crítico con las conclusiones médicas del Dr. Rosenhain, que éste compartía, salvo en algunos detalles, con el Dr. Hirschfeld. Ambos consideraban que la homosexualidad tenía una base biológica. La Dra. Serach había subrayado pasajes de aquella valoración y anotado al margen: «No fue reconocido por primera vez por Hirschfeld y Rosenhain; ya en el siglo XIX lo había señalado el neurólogo francés Claude François Michéa». Según la teoría del Dr. Rosenhain, no existía una oposición entre lo masculino y lo femenino. En su lugar proponía, al igual que Hirschfeld, grados sexuales intermedios, con algo entre ambos que, según él, se denominaba, *de manera no precisamente muy acertada*, un *tercer sexo*, como rezaba el título de uno de los libros del Dr. Hirschfeld.

¿Qué impresión le causarían Hartung, el Dr. Rosenhain y Enner?

Finalmente llegó a la villa familiar de dos plantas de Hartung, en la Bismarckstraße, y contempló sorprendida la residencia burguesa situada tras la verja de hierro, con su pórtico griego y arquitrabe. Hartung le pareció, en efecto, distinto y peculiar después de que su esposa le abriera la puerta; o, más que peculiar, excéntrico. Y exhibía su excentricidad. Con un amplio gesto, aquel hombre, que llevaba bigote y el cabello a la manera de Nietzsche, la invitó a

atravesar la casa y salir al jardín, donde había instalado su editorial y su estudio fotográfico en un edificio posterior.

Detrás de un pequeño escritorio y ante una pared de estanterías con publicaciones de la editorial, números de revistas y volúmenes, y con fotografías en las demás paredes, estaba sentado un joven empleado al que Hartung presentó como Arthur Kleinow. Tenía una expresión suave, ojos profundos, orejas pegadas a la cabeza y el cabello disparado en todas direcciones. En contraste con su marcada belleza juvenil, sostenía en la mano una pipa corta que de vez en cuando se llevaba a los labios, como si llevara muchos años —si no, contradiciendo su juventud, décadas— fumando en pipa; el humo dejaba ver de cuando en cuando unos dientes amarillentos.

—Mi apoyo más fiel —añadió Hartung, mientras Kleinow lo miraba radiante, visiblemente conmovido—, sobre todo durante todos los años difíciles que la editorial ya ha dejado atrás.

—La señora consejera de Policía Dra. Tamar Serach —la presentó a su empleado—. Viene a examinar nuestras publicaciones más recientes y a revisar nuestras actividades.

Kleinow puso los ojos en blanco, y la Dra. Serach se preguntó si la miraba como mujer o como consejera de Policía. Ligeramente desde abajo y de soslayo, según le pareció. Dejó pasar aquella impresión sin comentarla.

—Sin duda —dijo a Hartung—, ya cuenta usted con un cierto catálogo de anotaciones en nuestros ficheros, pero mi misión de hoy no consiste en intervenir. El Gobierno nos ha encargado realizar investigaciones preliminares. No con respecto a su editorial y sus publicaciones, ni tampoco a su asociación, la *Gemeinschaft der Anderen*. Se trata, más bien, de que preparemos un dictamen consultivo para el poder legislativo sobre cómo deberá regularse mejor en el futuro la protección de la infancia y la juventud en el territorio del Reich, pese a mantenerse las competencias reservadas a los Länder. Y ahí surgen preguntas como éstas: ¿sirven sus publicaciones y actividades para la formación de los jóvenes o ponen en peligro su moral? Es decir —y ésta es la cuestión que hoy nos interesa—, ¿quedan tales actividades comprendidas en los artículos penales §§ 175–184, en particular en lo relativo a la homosexualidad punible, el escándalo público y la difusión de escritos obscenos, o pueden considerarse expresión de la libertad pública de prensa y opinión y de la creación artística conforme al § 118 de la Constitución de Weimar? Más aún: ¿cómo tendría que modificarse la legislación para que sus escritos no quedaran comprendidos en ninguno de esos artículos penales cuando, según la concepción actual, manifiestamente no representan peligro alguno para la juventud?

—Uf, eso ha sido todo un paquete de información. Déjeme pensarlo un momento. ¿La he entendido bien? ¿Ahora no se trata de mí, ni de nosotros aquí en la editorial, sino de si deben modificarse las leyes y, en tal caso, de qué manera?

La Dra. Serach asintió.

—Eso me tranquiliza —dijo Hartung, mirando a su empleado—. ¡Enséñale a la señora doctora consejera de Policía nuestros últimos números!

Kleinow metió la mano en un cajón de su escritorio, rebuscó hasta sacar dos o tres ejemplares de revistas y los dejó delante de la consejera de Policía con las portadas hacia abajo.

—Aquí tiene los últimos números —dijo, algo avergonzado—. En realidad están pensados para hombres —advirtió.

—No soy remilgada; este material es mi pan de cada día —aseguró la Dra. Serach.

Cogió una silla y se sentó delante del escritorio. Hartung permaneció a su lado, mirando por encima de su hombro, mientras ella daba la vuelta al primer ejemplar y observaba la portada. *Estudio de desnudo 5*, decía la firma. De inmediato advirtió que el joven desnudo que la miraba, de pie, con las manos levantadas y sosteniendo un ladrillo, de modo que los músculos del pecho resaltaban proyectando sombras, no era otro que el joven sentado frente a ella.

—Figura estética —comentó la consejera de Policía sin mirar a su interlocutor.

—Representación artística —dijo Hartung, mientras Kleinow guardaba silencio.

La Dra. Serach siguió hojeando y se encontró con el primer artículo, titulado «Sobre el oficio de los verdugos de la moral. Observaciones acerca de la llamada protección contra la literatura basura». Leyó:

*La llamada ley de protección contra la literatura basura, surgida de iniciativas del movimiento juvenil, tenía un objetivo limitado: preservar a la juventud de la auténtica literatura trivial y de ínfima calidad, en la que no cabe hablar de contenido artístico o intelectual alguno, y abrir espacio a escritos serios y de valor perdurable, obra de autores reconocidos.*

*En modo alguno estaba destinada a servir como instrumento moralizador del reaccionarismo eclesiástico o político, ni a favorecer a aquellos círculos dudosos que actúan en la oscuridad y que ahora han comenzado a apropiarse de esta ley. En sus manos se utiliza indebidamente contra la ilustración, la libertad intelectual y el progreso social.*

—La Policía no tiene por qué estar de acuerdo con la posición aquí expuesta, pero difícilmente puede negarse que aquí se expresa una opinión clara; podría calificarse incluso de teñida de polémica. Sin embargo, me parece indiscutible que se trata de una contribución a la formación de la opinión pública.

Hartung esperaba con impaciencia saber si la valoración exculpatoria de la consejera de Policía se extendería también a sus estudios de desnudo. Pero no se atrevió a mencionarlos. Fue la propia Dra. Serach quien habló de ellos:

—En cuanto a las fotografías, yo las incluiría en la categoría artística. Es cierto que el joven aparece desnudo, incluidos sus genitales, pero éstos no se muestran en erección y, a lo sumo, podría juzgarse excesivamente marcada la musculatura del tórax. Pero ¿a quién podría ofenderle el pecho de un hombre?

El rostro de Hartung se iluminó aún más.

—Desde un punto de vista crítico, no en el sentido de una posible responsabilidad penal, y desde luego tampoco con vistas a la nueva redacción de la ley, sino más bien como mujer que ha demostrado su valía al servicio del Estado, y como opinión de una mujer así, le pregunto si resulta conveniente escribir sobre «una edulcoración sin fuerza ni sustancia y una falsedad afeminada en la literatura y el arte», y después sobre «mujeres histéricas desquiciadas» y una «repugnante dominación de las mujeres». ¿Consiste la fuerza de la masculinidad únicamente en denigrar la feminidad?

La Dra. Serach señaló con el dedo un pasaje de la revista que sostenía en las manos.

—Alégrese de que hoy sea una jurista doctorada quien lleve a cabo esta investigación preliminar. Conozco colegas que, por su educación, juzgarían con menor objetividad. Pero, como ya he dicho, no estoy aquí para someterle a examen. Considere mis observaciones como el consejo bienintencionado de una mujer para el futuro.

Hartung no solía ser precisamente torpe, pero en aquel momento no sabía qué ni cómo responder. Se aclaró la garganta y se preguntó si sería prudente replicar o aceptar en silencio aquella valoración.

La Dra. Serach se le adelantó:

—Usted mismo reclama una confrontación crítica; me gustaría verla también con respecto a sus propias posiciones. Permítame añadir otra crítica, esta vez positiva. He observado que defiende a Theodor Lessing y se opone a las difamaciones teñidas de antisemitismo. Se lo reconozco muy especialmente.

La Dra. Serach ni siquiera esperó a que Hartung pudiera preparar una réplica a sus objeciones.

—Envíeme el próximo número a la comisaría, y ya veré si tiene en cuenta mi opinión y de qué manera.

—Puede quedarse con el último ejemplar y añadirlo a sus expedientes.

Ella guardó la revista en su cartera de trabajo y estrechó la mano de Hartung y Kleinow.

—Manténganse dentro del marco de la ley —se despidió la consejera de Policía.

La esposa de Hartung la acompañó a través de la casa hasta la puerta.

## Conversación en el Instituto de Sexología

Cuando la Dra. Serach salió a la calle y aún resonaba en ella la visita a la editorial de Hartung, otro tono se mezcló con sus recuerdos. C. W. ¿Cómo juzgaría ella aquellas imágenes, aquellos textos, aquella actitud crítica hacia las mujeres, incluso denigratoria? ¿Podría hablar con ella de esos temas? Sus breves líneas dejaban entrever una personalidad intelectualmente formada y responsable, requisito fundamental para una relación estable, pensó la Dra. Serach.

Que personas como Hartung defendieran su propia inclinación hacia personas del mismo sexo y la de otros despertaba su simpatía y admiración; sólo le desagradaba aquel tono misógino, que parecía reforzar aún más el patriarcalismo con el que había tenido que convivir durante años, tanto en sus estudios como en su profesión, sin poder combatirlo. Era lamentable, pensó, que incluso hombres que se consideraban excéntricos, singulares y diferentes acabaran cayendo en los mismos estereotipos contra los que luchaban.

Cierto era que los estudios de desnudo no despertaban en ella sentimientos de mujer; pero ¿iba por eso a considerar feo o desgarbado el cuerpo masculino? ¿Cómo habría reaccionado C. W. ante aquellos folletos? ¿Los habría considerado simplemente desnudos o pornográficos, quizá incluso atractivos? ¿Era homo-, hetero-...?

Tamar se sorprendió a sí misma volviéndose poco profesional; más aún, mezclando su profesión con su vida privada.

Tomó asiento en el tren. Le habría gustado sacar también de su cartera la revista, pero, al ver a las personas sentadas junto a ella y a las que permanecían de pie a su alrededor, decidió dejarla donde estaba por sus imágenes explícitas y utilizar sus notas para prepararse para la siguiente cita.

C. W. seguía sin salirle de la cabeza. Miró fijamente la información que había reunido sobre el Dr. Rosenhain. Médico. Naturista. Homosexual. Ciencia y humanidad.

¿A qué se dedicaba C. W.? ¿Trabajaba siquiera? ¿Estaba casada o vivía sola?

A juzgar por los expedientes, el Dr. Rosenhain tenía dos compañeros de vida: un hombre más joven, Paul Linden, que lo ayudaba en su consulta, y un médico que ejercía con él, el Dr. Akira Morimoto, que había estudiado en la Universidad Imperial de Kioto y había conocido allí al Dr. Rosenhain durante una conferencia como profesor invitado, en la que Morimoto le había servido de intérprete durante el debate. Después de que su título de especialista fuera reconocido en Alemania, Morimoto se incorporó a la consulta del Dr. Rosenhain, aunque no exclusivamente por intereses profesionales, según sospechaba la Dra. Serach. ¿Propaganda o realidad? En los expedientes decía: «inflamado de amor». No era lenguaje policial. Era una expresión ajena, tomada del folletín y de la denuncia.

C. W. seguía siendo una cifra, y sin embargo atraía a la Dra. Serach. La Dra. Serach suspiró. Se lanzaban dos iniciales al mundo y se esperaba que el mundo respondiera. El anuncio y sus consecuencias contradecían cualquier espontaneidad, y, sin embargo, lo había publicado. Su trabajo le enseñaba a anticiparse al futuro; ahora se sometía a ese mismo orden. ¿Actuar contra sí misma, contra su propio juicio? ¿Un arrebató emocional, irracional? Se resistía a amoldarse a las imágenes masculinas de la mujer y a seguirlas.

Entonces, una primera aproximación a los escritos del Dr. Rosenhain obligó a la Dra. Serach a enfrentarse con sus teorías. El Dr. Rosenhain, según leyó, se remitía a Karl Heinrich Ulrichs: la orientación sexual, al igual que el sexo, debía ser innata. Aquello le resultaba hasta cierto punto convincente. Pero la Dra. Serach se resistía a la idea de Ulrichs de que los homosexuales constituyeran un tercer sexo, puesto que no eran ni mujeres completas ni hombres completos.

Desde que alcanzaba a recordar, se había sentido mujer, niña; pero ya desde los comienzos de la pubertad se había sentido atraída por sus amigas, no sólo emocionalmente, sino también físicamente. Sin embargo, cuando el Dr. Rosenhain se mostraba crítico con el término «homosexual» y prefería «uránico», acuñado por Ulrichs, para la Dra. Serach no se trataba primordialmente de sexo ni de actos sexuales, sino de simpatías y antipatías. Le gustaba la denominación «uránico» porque le recordaba la distinción de Platón entre la Afrodita celestial-uránica —el amor— y la Afrodita pandémica-terrenal, el amor común de todos. Nunca se había sentido vulgar ni corriente, aunque se resistía no menos a ser «peculiar» o «diferente». Mientras en los bares tenía que escuchar a menudo *Anders als die anderen*, la canción de Selli Engler, ella no quería ser diferente, y mucho menos diferente de los demás. Quería simplemente ser. Ser como era, lo que era, o como se sentía.

Quizá el Dr. Rosenhain, a diferencia de Hartung, tuviera razón y su orientación estuviera menos determinada por la educación y la sociedad. ¿Por qué no se preguntaba al mismo tiempo, y críticamente, por la orientación de los heterosexuales? Más críticamente aún: ¿por la de aquellos que se orientaban exclusivamente hacia sí mismos, por ejemplo los célibes? ¿Innato o adquirido? ¿O una mezcla de ambas cosas? ¿Por qué imponer como norma una de las alternativas?

Las teorías del Dr. Rosenhain, según había comprobado, tampoco habían quedado sin objeciones entre los científicos. Se admitía que la abundancia del material clínico del Dr. Rosenhain, complementado por el del Dr. Hirschfeld, no podía refutarse y que, por

consiguiente, había que aceptar grados sexuales intermedios entre lo masculino y lo femenino. La cuestión era, sin embargo, cómo estaban anclados biológicamente: ¿desde el nacimiento, plenamente desarrollados o sólo predispuestos, o también reforzados u ocultados socialmente? Los psicólogos de orientación freudiana habían considerado todo lo que se encontraba más allá de la dualidad como enfermedades infantiles y veían en ello un «comportamiento psíquico anómalo». Peor aún: en un manual católico encontró la formulación de que eran «síntomas de degeneración psicopática».

Al leerlo se estremeció: tanto por la sensación de verse clasificada como por la biografía del autor, donde se decía que, antes de dedicarse a la docencia universitaria, había dirigido durante varios años el departamento de «Padecimientos sexuales psíquicos, trastornos de la potencia y de los impulsos» del instituto del Dr. Rosenhain. Pese a la crítica católica al Dr. Rosenhain y a una postura conservadora que, no obstante, prolongaba sus teorías, encontró más adelante un elogio que le pareció casi programático:

«Ulrich von Hutten se había alzado contra la falta de libertad intelectual; Voltaire y Rousseau, contra la esclavización jurídica impuesta por autoridades transmitidas sin crítica. Como ellos, el Dr. Rosenhain entendía su labor como una contribución a la liberación de la servidumbre: en este caso, la de los impulsos y sentimientos vivos frente a una tutela pseudocientífica.»

*Lucha contra la servidumbre*, pensó. Pero ¿cómo podía entonces el autor elevar a la genética esa misma servidumbre, convertirla en sellos y estamparla sobre almohadillas de tinta? *Estampar...* En realidad había pensado en camas, pero la imagen hizo que su pensamiento se deslizara hacia C. W. Se arregló la blusa, colocó la lectura delante de sí y se obligó a concentrarse en ella. Al mirar el papel que tenía delante advirtió que, a través de la tela abierta, estaba mirando el comienzo de sus senos. Antes de pasar la página, hizo pasar el botón superior por el pequeño ojal.

Debido al poco tiempo que le habían concedido para cumplir su encargo oficial, sólo había podido leer unas pocas páginas de la extensa obra del Dr. Rosenhain. Esperaba con curiosidad el encuentro con él y con el Dr. Morimoto, aunque era consciente de su obligación de comprobar hasta qué punto la manera en que el Dr. Rosenhain difundía sus conocimientos en las más diversas publicaciones y en conferencias públicas se ajustaba a las disposiciones legales. El Dr. Rosenhain había participado en la fundación de un *Comité para la Ciencia y la Humanidad*, que impulsaba políticamente la lucha por la abolición del § 175. También Hartung, según había visto, había sido cofundador de aquel comité, pese a todas sus críticas a las teorías del Dr. Rosenhain. Aquello le mostraba la importancia transversal de esa labor sociopolítica, más allá de las diferencias teóricas, pero también el flanco abierto que Rosenhain ofrecía, tanto para sí mismo como para su colega. Los críticos hablaban de una «mezcla de ciencia, propaganda y vida privada».

Conocer mejor el trabajo del comité y las teorías del Dr. Rosenhain quizá le proporcionara ideas que pudiera incorporar a su informe, destinado a ofrecer a los legisladores propuestas para la configuración jurídica de la protección de la infancia y la juventud.

Comenzó a ordenar de nuevo sus notas, intentando concentrarse en separar lo propio de lo exigido y entregarse a lo profesional. Contra aquella rebelión que localizaba no sólo bajo su piel, sino precisamente en su razón.

Los pocos datos biográficos que había reunido la ayudaron a concentrarse en la cita que tenía por delante. El Dr. Rosenhain había acumulado, al parecer gracias a sus honorarios como médico, perito judicial y autor, aunque quizá también gracias a benefactores no mencionados, una fortuna considerable. Según los expedientes, en 1919 había logrado crear un *Instituto de Sexología*, instalado en una gran villa burguesa de finales del siglo XIX en Berlín-Tiergarten. Allí no sólo se encontraba su consulta médica; en la casa de dos plantas había instalado también un archivo, una biblioteca y salas para conferencias y consultas. En las inmediaciones había adquirido además un edificio de viviendas que, según el Registro de la Propiedad, había costado nada menos que 625.000 marcos oro. Su valor contable superaba en un tercio incluso al de la villa.

La Dra. Serach pulsó el timbre de la casa. Antes de que se abriera la puerta, no sólo contempló la elevada fachada; creyó percibir también, ocultas tras ella, las redes de quienes lo apoyaban: liberales, socialdemócratas, reformistas y representantes de la ciencia internacional, pero también a sus enemigos entre nacionalistas, juristas conservadores y una prensa *völkisch* cada vez más poderosa.

Ante aquella casa comprendió con mayor claridad las complicaciones de su misión. El Dr. Rosenhain no era sólo médico y científico de renombre internacional, sino también una figura política sobre la que se proyectaban esperanzas y temores. Sobredimensionada. Y de todo cuanto había leído de él y sobre él se desprendía que era plenamente consciente de su posición. No en último término porque pronunciaba conferencias públicas que grupos de derechas intentaban interrumpir regularmente con silbatos y gritos. A aquella chusma respondía con un silencio de superioridad y un gesto apenas perceptible.

Peor que en Berlín o Hamburgo, donde a menudo era considerado un intelectual celebrado, aunque también duramente cuestionado, y aparecía entre aplausos, le iba en Núremberg y Stettin, donde sus conferencias habían tenido que cancelarse repetidas veces a causa de cartas amenazadoras; en Múnich, el Dr. Rosenhain llegó incluso a ser víctima de un atentado en 1920, según leyó la Dra. Serach en los documentos policiales. Difícilmente, si entendía correctamente los documentos, a causa de su homosexualidad, que todavía no aparecía en ninguna de las acusaciones ni consignas dirigidas contra él, sino por su lucha contra el § 175, por su posición socialdemócrata y, en última instancia, porque era judío.

Su conferencia en la Tonhalle de Múnich, que había precedido al atentado, fue descrita como cautivadora y fácilmente comprensible; otras voces la consideraron seca y casi profesoral. En ella abordó la cuestión de la transformación sexual de los hombres y si éstos podían ser curados de su homosexualidad, lo que encendió los ánimos. El Dr. Rosenhain rechazaba la idea de que la homosexualidad fuera una enfermedad y, por tanto, también los intentos de curarla, aunque se mostraba dispuesto a ayudar a aquellos hombres que experimentaban su homosexualidad como un sufrimiento.

Las concepciones biológico-hereditarias del Dr. Rosenhain acerca de las personas del mismo sexo producían en la Dra. Serach cierta sensación de alivio respecto de sí misma, incluso un pequeño consuelo, pero temía por su libertad.

*Si mis inclinaciones y orientaciones están predeterminadas desde el nacimiento, se preguntó mientras leía, ¿dónde quedan la voluntad y los deseos, dónde las sorpresas? ¿Y quién decide cuándo una predisposición se convierte en explicación y cuándo en expediente? ¿Por*

*qué las mujeres desempeñan un papel comparativamente pequeño en el pensamiento del Dr. Rosenhain?* Ya lo había observado en Hartung.

En aquellas preguntas se entretejía su imaginación de C. W. No leía sus líneas como algo surgido de una constelación predeterminada. No, con toda seguridad no eran el resultado de una determinación innata, sino que daban testimonio, sencillamente, de deseo y atracción. También leía en ellas seguridad en sí misma. Quizá ofrecieran un comienzo para una posible relación.

La Dra. Serach se confesó que, sin planificación, tampoco existiría el amor que no puede planificarse. Y la estructura era el fundamento de su vida cotidiana, dentro de la cual se obligaba a encajar. Para la otra parte de su vida, sin embargo, deseaba liberarse de ella: otro marco, uno que no tuviera que construir y mantener ella misma. De ahí el deseo de intercambiar su propia dominancia por la de una compañera.

En este punto hice una pausa.

¿Por qué no podía la Dra. Serach soñar con una relación entre iguales? Si era entre personas del mismo sexo, ¿por qué no también en igualdad de condiciones? ¿Por qué seguir atrapada en jerarquías y dominación? Contradecía las clasificaciones del Dr. Rosenhain y, al mismo tiempo, se deslizaba hacia las suyas propias.

Miré los muchos documentos y datos. Comprendía el deseo de la Dra. Serach de encontrar una compañera adecuada, pero me costaba igualmente entender por qué quería exponerse tanto en su posición. Responsable en Berlín de quienes se encontraban amenazados por el § 175 y de los lugares de encuentro que ellos mismos elegían y que ella debía regular: los correspondientes cafés y bares —ciento cincuenta, tres veces más que en Hamburgo y muchísimas veces más que en cualquier otra ciudad del Reich—, así como teatros, urinarios, alojamientos nocturnos, esquinas, y la prensa, editoriales y quioscos relacionados con todos ellos. Y todo ello bajo el radar del Parlamento y bajo la mirada vigilante de los políticos y de sus propios subordinados policiales del departamento de protección de la infancia y la juventud. ¿Cómo podía precisamente ella buscar una compañera de vida?

La vida, lo sabía por experiencia propia, como joven profesora de Historia del Arte que entonces había mantenido durante largos años una relación con un sacerdote católico mientras, al mismo tiempo, se sentía atraída por una diseñadora de moda más joven, suele ser compleja, quizá también contradictoria. Incluso después de muchos años, mi mundo no había acabado por hacerse redondo. Me había separado del sacerdote después de verme confrontada con experiencias de abuso que él me había ocultado. Cuando, al mismo tiempo, murió mi compañera, me encontré de pronto sola. Como mujer en un mundo de hombres. Como persona que, igual que Tamar, no quería dejarse clasificar como medio hombre ni como media mujer. Tampoco quería tener que «ser todo un hombre».

Sobrevivir primero a las pérdidas: ése era el objetivo. Y a menudo me ocurría, ya en la recta final, lo mismo que a las corredoras de maratón sin entrenamiento, cuando ni siquiera el deseo consigue hacer que las piernas y los pies sigan moviéndose. Quienes a derecha e izquierda aplaudían o criticaban pasaban de largo ante mí. Bruno había quedado atrás. Feeny me había sido arrebatada, aunque seguía siendo la única que tenía ante mis ojos: una mujer completa que lloraba la pérdida de otra mujer completa.

¿Y que volviera a encontrarme con una de sus antiguas amigas, Valery, precisamente en el funeral de Feeny en Múnich? Procedente de una familia inglesa conservadora. Me imagino,

sin embargo, cuánto más difícil debió de ser el entorno de Tamar en el Berlín de los años veinte. Y entonces se me ocurrió otro pensamiento: si la Dra. Tamar Serach había conseguido conciliar su vida personal con la profesional, ¿por qué no habría de conseguirlo yo en mi profesión docente? Hasta qué punto era difícil hacerlo en la vida universitaria lo descubrí en la autobiografía del primo de la Dra. Serach, historiador universitario, que no había salido del armario como homosexual hasta pasados los ochenta años.

La ancha puerta que tenía delante la Dra. Serach se abrió. Lo primero que vio fueron los guantes blancos de la ama de llaves, que movía la pesada hoja de la puerta, en cuyo centro había una ventana enrejada. La mujer, con su cofia blanca, parecía una enfermera. Retrocedió rápidamente hacia la penumbra y dejó paso a un caballero con bata blanca.

—¿Señora consejera de Policía, Dra. Serach?

La Dra. Serach asintió.

—Entre, por favor. La estábamos esperando.

El hombre, cortés, que se inclinó ligeramente ante ella con el ademán asiático al que estaba acostumbrado, añadió un gesto de invitación. El pasillo bordeaba una sala de recepción donde, sentadas a varias mesas pequeñas, había personas de distintas edades, en su mayoría hombres, absortas en periódicos, folletos, revistas y libros. Muchos tenían una taza delante; sobre las mesas había teteras colocadas en calentadores bajo los cuales ardían velas. Bastantes fumaban: algunos puritos, otros pesados cigarros.

El instituto no era una simple consulta médica, como la Dra. Serach había imaginado aquel lugar. Tuvo la impresión de haber entrado, como visitante, en un café vienés.

Algo desconcertada, miró a su acompañante japonés, que la condujo entre las mesas hasta otra sala. Allí, un enorme globo terráqueo dominaba una de las esquinas. Europa, el Reich alemán, Berlín, quedaban ocultos en la parte posterior. Las Américas se mostraban ante ella.

—¿El Dr. Rosenhain ha viajado mucho? —comenzó la Dra. Serach.

—En efecto. Así fue como nos conocimos —respondió el Dr. Morimoto—. Aunque no en Estados Unidos, sino al otro lado de este globo.

Se acercó al globo, hizo girar el mundo sobre su eje y señaló con el dedo una pequeña isla.

—Aquí, en Japón. Más exactamente, en Kioto, que en esta representación no aparece más que como un punto diminuto.

—Al menos... Berlín tampoco debe de ser mucho mayor aquí.

—Cierto, pero aquí, en Europa —dijo—, se hace la gran política.

La Dra. Serach oyó, o quiso oír: no sólo la gran política; también serían importantes las innovaciones en medicina, neurología y psicoterapia. Y también en la Policía.

—Y aquí se fundaron las ciencias sexuales. ¿No es así como el Dr. Rosenhain ha denominado su propio campo?

—Oh, veo que ha leído usted.

—Más bien me he informado, conforme a mi encargo.

—Entiendo. Permítame preguntar si el Dr. Rosenhain ya puede recibirla.

La sorprendía su alemán casi perfecto, quizá con un ligero deje berlinés. El Dr. Morimoto llamó a la puerta más próxima al globo, la abrió con cuidado, entró a medias y preguntó a su colega, que venía hacia él y que, por las fotografías que la Dra. Serach había visto

en los expedientes sobre su escritorio, parecía ser el otro ayudante del Dr. Rosenhain, Paul Linden.

—Tendremos que armarnos todavía con un poco de paciencia. El Dr. Rosenhain está aún con un paciente. No tardará mucho.

La experiencia previa de la Dra. Serach. Allí esperaba a un hombre acostumbrado a que los demás se amoldaran a él. Y que, en aquel entorno suyo grandiosamente escenificado, disponía de fuerzas tan instruidas que lo protegían. Fiables, perceptibles, amables, pero también provocadoras.

¿Qué eran una pequeña autoridad, una ciudad y el gobierno de un Land cuando estaban en juego asuntos capaces de mover el mundo?

Plötzlich öffnete sich die Tür, die der Dr. Morimoto sanft geschlossen hatte. Auf der Schwelle erschien der Dr. Rosenhain in seiner ganzen Fülle, breitschultrig, mit ausgeprägtem Schnurrbart und tief sitzender Brille. Hier trat eher ein Hausherr und Direktor auf, ein gewichtiger Arzt; keine jüdische Karikatur, kein homosexueller Schwächling, wie sie es in jüngeren Presseartikeln und in den polizeilichen Observationsberichten aus Hamburg und München — seltener aus Berlin — bei ihrer ersten Beschäftigung mit diesem Mann hatte lesen müssen. Von gewaltiger Statur war der Mann, der nun vor ihr stand und sie mit fester Basstimme ansprach:

—Rosenhain. Bienvenida, señora consejera de Policía Serach.

Le tendió la mano y la invitó a atravesar la antesala para pasar a su despacho.

Antes incluso de que ella pudiera hablar de su misión, el Dr. Rosenhain, que la hizo sentarse frente a él ante una pequeña mesa y le acercó la silla, continuó:

—Usted pertenece al cuerpo policial más importante para nuestro instituto. A usted y a sus colegas debemos que el Parlamento de Berlín desempeñe un papel pionero en la nueva configuración de las relaciones entre las distintas formaciones sexuales, y ello a escala mundial. Una luz que no debe esconderse bajo el celemín, como se diría aquí. Y dirigida por una mujer como usted: sobria, de mirada clara. Una científica doctorada. Su tipo demuestra que está al frente de una materia de la que posee un conocimiento profundo.

*¿Tipo?*, resonó dentro de ella. Como si fuera una preparación de laboratorio.

—Me halaga usted demasiado, Dr. Rosenhain. Soy una funcionaria de Policía corriente.

*¿Qué sabe, pensó, de aquello que yo no le he dicho y que tampoco puede saber?*

—Consejera. Una mujer en una posición que muy pocas más ocupan en Prusia.

¿Debía dejarse arrastrar por aquella conversación? ¿No había venido precisamente para inspeccionarlo a él y a su instituto, para averiguar qué medidas preventivas debía añadir, a la vista de los escritos del Dr. Rosenhain, a la proyectada reforma legislativa?

—Conoce usted nuestro anuncio de que, con vistas a la nueva regulación jurídica, se pretende mejorar la protección de la infancia y la juventud, algo que también deberá afectar a su instituto.

—Estimada consejera, ¿qué significa protección? ¿Hasta dónde llega la infancia, dónde comienza la juventud y dónde termina? Durante los siglos pasados, la protección se ha entendido como vigilancia, amenaza de castigo y ejecución de la pena. Quizá se haya pasado por alto que, precisamente así, la protección se ha quedado muchas veces corta. ¿No se trata más bien de ilustrar, de crear conciencia o, como hacemos en el instituto, de combinar ambas cosas?

La Dra. Serach se resistió interiormente a aquella crítica; le molestaba que la hubieran colocado del lado de un mundo puesto del revés y, sin embargo, la fascinaba la idea de no encerrar la sexualidad únicamente en las casillas de los artículos penales, sino de mirar a las personas que había detrás.

—A usted, como mujer, probablemente esto le resulte más evidente incluso dentro del marco policial que a algunos de sus colegas.

Estuvo a punto de darle la razón al Dr. Rosenhain. Al fin y al cabo, ella misma se consideraba una cierta excepción dentro de su organismo, con la misión específica de dirigir su particular mirada sobre el mundo y, especialmente, sobre mujeres y hombres, para aplicar de manera más adecuada el mandato protector de la Policía y, ahora, incluso influir positivamente en la nueva regulación legal. Pero la posición especial que el Dr. Rosenhain destacaba parecía como si él se la hubiera sacado de la boca sin haberla oído todavía. ¿No era aquello una forma semejante de tutela masculina a la que experimentaba en las reuniones de la Jefatura con el presidente y la dirección?

—¡Eso espero! —dijo la Dra. Serach—. Por eso me gustaría examinar el actual programa educativo y de asesoramiento de su instituto y revisar con usted dónde pueden encontrarse aspectos que rocen los límites o quizá los traspasen, por ejemplo en publicaciones con ilustraciones y en el asesoramiento de menores, especialmente de muchachas. En general, su instituto parece estar orientado más bien hacia el sexo masculino.

—¿Qué es «el sexo masculino»?

—Se lo pregunta usted a una mujer que experimenta a diario lo que ocurre cuando se convierte a las personas en fórmulas de la naturaleza.

—Si conoce mis estudios, sabrá hasta qué punto es matizada mi comprensión de la naturaleza. No existe una única «naturaleza», como tampoco existe una simple dualidad entre «masculino» y «femenino».

—Pero no querrá negarme que soy «mujer», del mismo modo que usted no dejaría de llamarse «hombre».

—Es evidente que ya se ha ocupado de nuestra temática. Sin querer negar las diferencias entre usted y yo, diría que no nos encontramos en polos opuestos, sino dentro de un contexto social en el que existen determinadas proximidades y distancias.

—Quiere decir: dentro de un contexto biológico.

Él sonrió.

—*Chapeau*. Sabe usted aún más de lo que suponía. Sí, dentro de un campo de tensiones biológicas que, naturalmente, no puede pensarse al margen de las condiciones sociopolíticas. Aunque con personas como Wilhelm Hartung me gusta discutir, tanto en el instituto como en el comité, y debatir hasta dónde alcanza una esfera de influencia y dónde comienza la otra.

El Dr. Rosenhain se levantó y fue hacia la puerta.

—Señor Linden, ¿podría buscar para la señora consejera de Policía los folletos más recientes, también los anuncios de las conferencias, y preparárselos para que pueda llevárselos?

—Muchas gracias por su colaboración —dijo la Dra. Serach—. Propongo que concertemos otra cita en cuanto haya revisado los materiales en mi departamento y surjan nuevas preguntas.

—Con mucho gusto. También está cordialmente invitada a asistir a alguno de nuestros actos. ¿Qué le parecería pronunciar una conferencia en el instituto: «La perspectiva de la Policía

berlinesa ante la cuestión de la extensión del § 175 a las mujeres lesbianas: ¿a favor o en contra del “modelo austríaco”?» El próximo trimestre recibiremos aquí a una delegación de Viena y nos interesaría mucho un debate sobre este asunto, sea cual sea la dirección que tome la reforma legislativa en Prusia y en el conjunto del Reich.

Todavía en el tranvía, la Dra. Serach tuvo que admitir que el Dr. Rosenhain la había impresionado intelectualmente, también con su propuesta de que contribuyera al debate desde la perspectiva de la Policía y de las mujeres. Allí no había aceptado ni rechazado la posibilidad. De todos modos, aquella decisión no dependía de ella: para una intervención semejante necesitaría la autorización de su superior.

¿No debía intentar conseguirla?

La idea la atraía: abrir una brecha contra la política opresiva austríaca y en favor del progreso que Prusia representaba.

Hasta entonces.

La necesidad de una réplica decidida contra la ampliación del § 175 se hacía evidente para la Dra. Serach ya por los múltiples preparativos de la derecha conservadora. Había tenido en sus manos el programa de veinticinco puntos del NSDAP, procedente del Hofbräuhaus de Múnich y fechado en 1920. Allí figuraba la consigna: «¡El bien común antes que el bien propio!». Un panfleto del NSDAP adjunto al expediente del Dr. Rosenhain se hacía eco de ella. Decía:

*No importa que tú o yo perduremos. Lo único decisivo es la perpetuación del pueblo alemán. Y éste sólo puede subsistir si quien engendra está dispuesto a luchar, pues vivir significa luchar. Pero la lucha exige disciplina. Quien malgasta sus pensamientos en el amor de hombre a hombre o de mujer a mujer se sitúa fuera de la comunidad del pueblo. La propia naturaleza muestra otra ley: se impone el más fuerte. También esto exige disciplina, no aquellas formas de amor entre hombres que contradicen el orden del pueblo.*

Al menos no se hablaba únicamente de hombres, aunque los hombres quedaban reducidos a procreadores y las mujeres a incubadoras. La lucha por la procreación se fundamentaba en el «designio divino de la Creación», que sólo era frustrado por «los perversos instintos del alma judía, por sus relaciones carnales con animales, hermanos y personas del mismo sexo». Éstas debían considerarse «vulgares aberraciones de sirios, crímenes de la máxima gravedad que deben castigarse con la horca o la expulsión».

Por mucho que repugnaran a la Dra. Serach aquellos burdos ataques antisemitas, para ella era más importante que se hablara de lucha, de perpetuación y de entrega disciplinada al pueblo alemán. Con eso sí podía identificarse. En su familia estaba fuera de toda duda —y apenas lo había vivido de otra manera en las familias amigas— que era alemana. Ni siquiera era un asunto del que se hablara mucho. ¿Qué otra cosa habría podido ser la familia?, leí en un relato autobiográfico posterior de su primo historiador.

Su familia contaba entre los editores más importantes de Berlín, estaba estrechamente vinculada con influyentes casas bancarias y galerías, apoyaba museos y financiaba importantes iniciativas políticas. En aquellos círculos, quienes emigraron durante los años veinte e incluso hasta 1934 eran considerados excéntricos que, aceptando la sangría que ello suponía para el Reich, sentían un «impulso hacia la autodestrucción». Incluso la palabra «sionismo» les había resultado extraña en aquella época. Y también más tarde, aun después de que el primo hubiera emigrado, marchado al exilio y desarrollado una exitosa carrera como historiador en Estados

Unidos, siguió siendo consciente de hasta qué punto había existido un marcado desinterés por Israel.

La Dra. Serach lo expresó más tarde con toda claridad cuando él le contó que quería marcharse durante una temporada larga a Jerusalén porque había aceptado allí un puesto, y ella le replicó:

—No puedo comprender cómo vas a soportar vivir rodeado de judíos.

El Dr. Serach le había contestado:

—Lo creas o no, no todos parecen judíos. Más bien parecen gente del Ku'damm.

Su familia no era en absoluto nazi, pero sí profundamente nacionalista. Había que restaurar el «honor» alemán: orden y disciplina, unidos a la autodeterminación, tal como se lo había inculcado su padre.

Por eso no me sorprendió advertir también en la Dra. Serach cómo sólo muy paulatinamente fue tomando conciencia de su condición judía, y únicamente después de que los nacionalsocialistas llevaran ya mucho tiempo marcándola como tal.

## Amistad entre mujeres

Después de las visitas exploratorias a los dos editores varones, la Dra. Serach esperaba con curiosidad su encuentro con Sylvia Enner, que parecía encargarse tanto de la redacción como de la edición de *Frauenfreundschaft*. Al mismo tiempo, vacilaba.

¿Por qué?

Yo había cotejado el registro mercantil, del que se desprendía que también a la Dra. Serach debía de haberle llamado la atención la contradicción entre la inscripción comercial y el pie de imprenta.

Los datos que figuraban en el primer número de la revista, fundada apenas en 1925, no aparecían en el registro mercantil de la administración policial. Mientras que en la revista podía leerse:

*Editorial Frauenfreundschaft; dirección editorial y redacción: Sylvia Enner; dirección: Elisabethstraße 19, Berlín NO 18.*

Pero para esa dirección no figuraba ninguna inscripción mercantil oficial correspondiente a la editorial; en cambio, aparecía registrado allí el Eichenhain Verlag. Éste parecía especializado en manuales de telecomunicaciones y telegrafía, así como en diccionarios, estudios y obras ilustradas sobre lengua y cultura alemanas. Que aquella editorial publicara también revistas para mujeres me parecía más que dudoso.

Por eso tampoco me sorprendió leer en las anotaciones de la Dra. Serach su informe sobre aquel encuentro:

—¿Cómo se explica —preguntó la Dra. Serach a su interlocutora, mientras trataba de acomodarse en el mullido sofá sin adoptar ante la señora Enner una postura demasiado informal— que su editorial no tenga un timbre propio con su correspondiente placa, que me hayan hecho entrar por el del Eichenhain Verlag y que sólo aquí, en el edificio del patio trasero, aparezcan el nombre y las oficinas de su editorial de *Frauenfreundschaft*?

—Vivimos, como usted probablemente sabe mejor que nadie, en tiempos de enmascaramiento. El director del Eichenhain Verlag, que pertenece también a la *Gesellschaft der Anderen* y participa activamente en ella, me descubrió gracias a mis publicaciones en

revistas femeninas como *Der Bazar*. Quizá también porque yo ya había fundado una revista — *Blätter für Frauenfreundschaften*— e intentado publicarla, aunque por razones de salud y económicas no pude mantenerla durante mucho tiempo. El Dr. Albrecht von Eichenberg, propietario de la editorial, me propuso desarrollar una nueva editorial con publicaciones de este ámbito, respaldada por él.

—Una editorial independiente, ¿no?

—Supongo que ya intuye la otra razón por la que el nombre sólo aparece aquí, en el timbre de la puerta: el *Verlag der Frauenfreundschaft* no es independiente, no, sino que pertenece en un noventa por ciento al Eichenhain Verlag; las participaciones restantes son mías, como socia silenciosa.

—Eso hace más transparente la estructura societaria.

—Ante usted no supone ningún problema. Pero, por las experiencias de colegas como Wilhelm Hartung y también por las que hemos tenido nosotros mismos en esta casa, sería muy imprudente que desde fuera resultara visible una editorial que publica una revista femenina de esta clase.

—Pero están obligados a imprimir la dirección en los números, y así lo hacen.

—Como usted sabe, estamos obligados a ello. Pero si personas que tienen algo contra nosotros quieren buscar la casa, no la encuentran a primera vista. Sólo recibimos visitantes con cita previa, como hoy.

—No es una crítica. Al contrario, puedo comprenderlo y, aunque sólo sea para evitar un escándalo público, este proceder prudente merece todo nuestro apoyo.

La situación entre ambas mujeres se distendió. La señora Enner sirvió café; Tamar había aceptado. Sin azúcar. En la conversación intermedia sobre sus preferencias para el tiempo libre llegaron incluso a entrar un poco en calor. Para volver al asunto oficial, la Dra. Serach prosiguió, sosteniendo la taza en la mano izquierda:

—Declaran una tirada de diez mil ejemplares. ¿No es una cifra demasiado elevada desde el punto de vista del cálculo comercial?

—No, en absoluto. Normalmente imprimimos y vendemos la tirada completa. Muchos ejemplares por suscripción, bastantes a través de los quioscos.

—Algo que casi sólo sigue siendo posible en Berlín.

—Gracias a ustedes aquí en Berlín. La distribución a través de los quioscos de Múnich, Fráncfort, Hamburgo y otros lugares es considerablemente más difícil, aunque no imposible.

—Mi colega Jäger, en Hamburgo, seguramente no les será menos favorable que nosotros aquí en Berlín.

—Eso es cierto, pero, por las conversaciones que hemos mantenido con él y con su departamento, está sometido a una presión considerablemente mayor por parte del gobierno de la ciudad que la que ustedes parecen sufrir en Berlín.

—Son asuntos internos, pero me alegra que aquí dispongamos de un margen algo mayor, probablemente también porque tenemos en la ciudad al Gobierno del Reich, actualmente dirigido por el SPD. Sin embargo, no quiero ocultarle que también aquí existe una discusión permanente sobre si una revista como la suya no pertenece a la llamada «literatura basura e indecente» y que el Gobierno del Reich está revisando actualmente las bases legales al respecto.

—¿Qué nos recomendaría para prepararnos para las nuevas directrices?

—No he venido aquí a asesorarla.

—¿Ni siquiera cuando se supone que la Policía debe ser «amiga y protectora», como se proclamaba con tanta grandilocuencia hace apenas unos días en la exposición policial internacional del mismo nombre celebrada en Berlín?

—Eso es lenguaje publicitario. La realidad es que debo velar por que sus productos se mantengan dentro del marco legal. Y ahí surge la pregunta de si es necesario que en casi todos los números aparezca una mujer completamente desnuda, o a veces varias, y no pocas veces mostrando también sus partes íntimas.

—Está confundiendo *Frauenfreundschaft* con nuestra otra revista, *Paula*.

—Que también publica usted.

—Sí, pero está dirigida a otro público. Y tampoco se vende en los quioscos.

—Entonces envíeme ejemplares de prueba de ambas revistas.

—Con mucho gusto. Y supongo que también verá con buenos ojos que no somos en absoluto de izquierdas.

—¿Tampoco de derechas?

—No, en absoluto somos extremistas. En uno de los relatos por entregas que se prolonga a lo largo de varios números, una autora de Königsberg escribe sobre heroínas: por ejemplo, una mujer que, haciéndose pasar por sastre, se incorporó al batallón de reserva del Regimiento de Colberg, combatió durante la guerra en distintos frentes, resultó incluso herida y recibió del káiser una pensión anual. En otro episodio, una dama de Luneburgo escribe sobre el auténtico espíritu alemán y su apego a la patria, unido a un odio ardiente contra los franceses. También ella prestó, ya durante la guerra, con enorme entusiasmo, un gran servicio a la liberación de la patria.

—Es encomiable que su revista no trate únicamente de relaciones, sino también de los grandes temas políticos de nuestro tiempo.

—Uno de esos temas importantes es precisamente cómo pueden vivir en sociedad las personas que aman a otras de su mismo sexo. En el último número, por ejemplo, una autora expone su opinión sobre cómo debería desarrollarse la sociedad para permitir a las mujeres decidir por sí mismas.

La señora Enner puso un ejemplar sobre la mesa delante de la Dra. Serach, lo abrió y leyó:

—«Por desgracia, el mundo actual es tal que todos debemos llevar ante los demás una apariencia falsa. ¿Por qué no podemos mostrar abiertamente nuestra inclinación? No es culpa nuestra que seamos diferentes de los demás, sino únicamente culpa de la naturaleza. Dejados ser lo que somos y moveremos montañas.»

—¿Considera usted acertada esa opinión: que las mujeres que aman a otras mujeres son diferentes de los demás, que de ello se deriva una culpa, aunque no sea personal, sino atribuida a la naturaleza?

—La publicación de artículos de los que responden sus autoras no significa necesariamente que reflejen la opinión de la redacción ni de la editorial.

—Le he preguntado a usted personalmente.

—Diferentes de los demás sí somos, creo.

—Lo dudo, por experiencia propia... —se apresuró a añadir—, por la experiencia adquirida en mi trabajo.

Sylvia Enner se había quedado paralizada tras la primera mitad de la frase. Seguía conteniendo la respiración. ¿Había oído en aquella respuesta algo que la policía sentada frente a ella habría preferido callar y que ni siquiera había querido dejar entrever?

La señora Enner pareció inquietarse también y desvió la conversación. Señaló con la mano los dos ejemplares que tenían delante:

—Mire —la señora Enner abrió la primera página interior de ambas revistas—, producimos el mismo contenido, pero lo presentamos con dos apariencias externas distintas. Una vez sin fotografía de portada, sólo con una imagen de cubierta irreprochable para *Frauenfreundschaft*; y la otra, con una fotografía artística y explícita para *Paula*.

—¿Comercialización separada para eludir la censura?

—No exactamente. Más bien para que los contenidos de las revistas lleguen por vías distintas a mujeres diferentes.

La Dra. Serach examinó ambas presentaciones.

—¿Cuál de las dos tiene mayor tirada?

—Puede adivinarlo —la interrumpió brevemente la editora, mirando a la Dra. Serach.

—¿La de los pechos desnudos?

—No. Ésa sólo se distribuye por suscripción. La otra, que vendemos en los quioscos incluso en las ciudades más mojigatas del Reich, es la edición de mayor tirada.

La Dra. Serach pareció tranquilizada y satisfecha con la respuesta y agradeció a la editora la franqueza con que la había tratado. Había advertido que la señora Enner no aumentaba la distancia entre ambas mientras le mostraba las dos revistas para compararlas. Tampoco su interlocutora parecía haberse sentido incómoda por la conversación, algo que, sin embargo, inquietó ligeramente a la Dra. Serach.

Por primera vez durante aquel encuentro.

—¿Puedo invitarla? El próximo sábado celebramos un baile, una velada de homenaje en la que las damas de la *Gesellschaft der Anderen* presentarán sus respetos al director del Eichenhain Verlag y le agradecerán la iniciativa de estas revistas. La idea es que las mujeres participen activamente, con aportaciones artísticas en forma de poesía, textos breves, imágenes o números de danza. Quien tenga buena voz y quiera cantar también será muy bienvenida. Si viniera usted, podría hacer una breve intervención sobre la gran importancia de nuestra editorial y sus revistas, así como sobre el marco jurídico dentro del cual debemos desenvolvernos.

La Dra. Serach le guiñó un ojo, dando a entender que la idea no le desagradaba, aunque dejó claro que tendría que solicitar autorización oficial. Le daría una respuesta de inmediato.

Cuando atravesó el patio trasero y volvió a salir a la calle, respiró profundamente. La conversación la había alterado, no por su contenido, sino por lo que había despertado en ella. ¿Había sido la presencia de la mujer que tenía enfrente, la claridad con que la editora había respondido a sus preguntas y el modo en que, de vez en cuando, había entrado también en terreno personal? ¿Su agudeza intelectual y su interés por las cuestiones de las mujeres en aquel mundo que se volvía cada vez más masculino?

Había tenido la impresión de encontrarse con una mujer que, a su manera, luchaba por la misma causa, aunque viviera al otro lado de la calle que ella misma y aunque también tuviera que vigilarla.

Pero quizá no fuera necesario vigilarlo todo para protegerlo.

*Recuerdos*

En un conjunto documental conservado en el Leo Baeck Institute de Nueva York encontré, como ya he mencionado, junto con diversos materiales dispersos, un manuscrito mecanografiado coherente titulado «Recuerdos», redactado por la Dra. Tamar Serach. En él describe su infancia y juventud y explica cómo llegó a ser jurista y, finalmente, policía:

*Mi padre, Anton Serach, nació en 1846 en Grawitz, una pequeña ciudad de la entonces provincia occidental de Prusia. Era el hermano menor del famoso empresario de prensa Richard Serach, cuya editorial se contaba entre las más influyentes de Alemania, y al mismo tiempo era socio de su empresa. Mi padre estudió Derecho en Halle, Gotinga y Heidelberg, se presentó voluntario para la campaña de 1870/71 y, después de la guerra, inició su carrera jurídica en 1876 como juez de distrito, más tarde como juez local en la capital, Altenburg, y posteriormente en Königsberg.*

*En 1883 se casó con mi madre. Diez años después, en octubre de 1893, aceptó una invitación del Gobierno japonés en Kioto para colaborar allí como asesor en la elaboración de proyectos destinados a una reforma fundamental de la administración interior y a una nueva constitución regional. Al mismo tiempo fue consultor de varios ministerios.*

*Yo nací en 1892 como la primera de tres hijos —dos niñas y un varón—; pocos meses después, nuestra familia emprendió el largo viaje a Asia Oriental. De aquellos años sólo conservo recuerdos borrosos. No regresamos hasta 1901, cuando mi padre fue nombrado consejero del Tribunal Superior Regional de Ostberg y, a partir de 1904, obtuvo una cátedra en la universidad de aquella ciudad.*

*Al principio recibí clases particulares y más tarde asistí a la Escuela Superior para Señoritas Hohenfeld. Hubo amistades, pero nadie me explicó lo que significaban. En las clases de religión cristiana no había educación sexual. Cuando un clérigo protestante se hizo cargo de ellas, mis padres dispusieron que un rabino me diera instrucción. Tampoco él me ayudó en ese sentido. Pero mis recuerdos más hermosos de aquellos años pertenecen al paisaje: los bosques, los campos de cereal, los pequeños pueblos y, sobre todo, la extensa costa de Neustrom y Warnau, donde pasaba los veranos. Poco después, mi padre fue llamado a Königsberg.*

*En 1911 mi padre abandonó el servicio público, aunque siguió siendo concejal honorario hasta 1920. Pasó sus últimos años con mi madre en Berlín. Murió en 1925; mi madre lo siguió en 1934.*

*Al principio comencé estudios de música, con especialización en canto, en el Conservatorio Helmholtz de Berlín, con Wilhelm Klette, y al mismo tiempo ingresé en el Coro Sinfónico dirigido por el profesor Sigmund Ochsen. Allí aprendí corales como «Señor, no entres en juicio conmigo».*

*Pero en 1910 comprendí que mi talento musical no bastaba para construir sobre él mi vida. Me presenté en la Oficina Central de Asistencia a la Juventud, precursora de las posteriores oficinas de juventud, y trabajé allí durante seis años como voluntaria, aunque a jornada completa.*

*Mi primera tarea fue una solicitud de educación tutelar. Sin tener la menor idea de lo que hacía, me sentía como alguien que no sabe nadar y al que arrojan al agua. Pero pronto aprendí el trabajo y pasaba ocupada desde la mañana hasta la noche. Apenas podíamos ofrecer ayudas duraderas. Para poder intervenir con mayor eficacia jurídica, asistí a clases de Derecho en Berlín, después en Heidelberg, y tomé clases de latín.*

*Entretanto estalló la Gran Guerra; mi hermano cayó en Verdún. Fueron tiempos agitados.*

*En Berlín existían entonces numerosos hogares infantiles, guarderías y centros de atención extraescolar sostenidos por asociaciones. Yo asumí la dirección de una de aquellas instituciones.*

*Aunque no tenía el Abitur, los profesores de Heidelberg me permitieron escribir un trabajo de fin de estudios. Recibí el apoyo de la señorita Clara Wendelin, más tarde señora Stein, una bibliotecaria con la que me unió una amistad de toda la vida. Me doctoré en 1920 con una tesis titulada «El derecho educativo de las niñas», obteniendo el título de Dra. iur.*

*Realicé mi período de prácticas jurídicas en el Juzgado de Sonnenburg y, posteriormente, en el Ministerio de Bienestar Social de Berlín. En 1922 —para entonces ya era miembro del SPD— fui llamada a la Jefatura Central de Policía de la capital, al departamento de asuntos teatrales y comerciales.*

*El entonces vicepresidente me dijo: «En esta institución exclusivamente masculina tendrá usted dificultades como una de las primeras mujeres que ocupa un puesto de rango superior».*

*Mientras que la desconfianza de los altos funcionarios desapareció pronto, los funcionarios de rango medio me trataron durante mucho tiempo con frialdad. Sólo mi nombramiento como consejera de Policía en 1926 cambió aquella situación.*

*Al principio se me encomendó examinar la contratación de niños para representaciones públicas. Tales permisos podían concederse «cuando prevaleciera un interés superior del arte o de la ciencia». Del mismo modo, defendí la denegación de pasaportes a menores —especialmente muchachas— que iban a ser enviados al extranjero con compañías de baile o de animación.*

*Poco a poco se añadieron otras competencias: teatro, cine, legislación sobre días festivos, espectáculos ambulantes, § 175.*

Volví unas páginas atrás. No hacia las fechas ni hacia las personas: la sucesión genealógica de la historia parecía impecable. Buscaba aquellos lugares en los que quien cuenta algo revela involuntariamente más de lo que quiere: frases subordinadas, omisiones, una repentina concisión.

Me sorprendió aquel resumen: «Fueron tiempos agitados». Su hermano había caído en la Gran Guerra. Bastante terrible ya de por sí. Pero ¿era eso todo?

¿Dónde estaba su hermana Lea?

La Dra. Serach tuvo que haber vivido en las calles de Berlín la Revolución de Noviembre y la caída de la monarquía. Los disturbios. El asesinato de Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht por miembros de la División de Fusileros de Caballería de la Guardia, el 15 de enero de 1919. Sus cadáveres acabaron en el Landwehrkanal, donde no fueron recuperados hasta meses después, a la altura del puente de Lichtenstein. Los cambios de la sociedad. La introducción del sufragio femenino. La hiperinflación de los años posteriores a 1923, la creciente radicalización de izquierda y derecha y la paulatina pérdida de confianza en las instituciones estatales. Su interés político lo documentaba al mencionar su pertenencia al SPD.

Y había algo más. Lo que la Dra. Serach desplegaba ante mí como una cadena racional se explicaba por el contexto en el que estaban insertos aquellos recuerdos: un procedimiento

ante el tribunal de honor de la Comunidad Judía. En él intentaba defenderse de la acusación de colaboración; pese a quienes testificaron en su favor, no logró una exoneración completa, y en los expedientes quedó un resto que no desapareció.

*El 18 de febrero de 1933 fui suspendida con efecto inmediato en virtud de la ley para la «Restauración del funcionariado profesional» y, con fecha de 31 de diciembre de 1933, fui definitivamente apartada del servicio público sin remuneración. Entré al servicio de la Comunidad Judía de Berlín. Para más detalles, véase el anexo 2.*

*Era junio de 1943. Fui deportada al campo de concentración de Theresienstadt.*

Me detuve ante aquella continuación. ¿Adónde habían ido los diez años entre 1933 y 1943?

Simplemente habían desaparecido.

La información sobre la trayectoria profesional posterior de la Dra. Serach en sus *Recuerdos* resultaba, frente a las explicaciones anteriores, sorprendentemente escueta. El servicio en la Comunidad, una frase; la deportación a Theresienstadt, una frase. Como si hubiera algo que debía saltarse.

«Para más detalles, véase el anexo 2.»

¿Entre los anexos? Faltaban en mi documento digital. El original mecanografiado se oscurecía en los bordes o mostraba una sombra; debajo de «Anexo 2» corría una línea de lápiz, transversal, justo allí.

Había una laguna que tenía que cerrar. No sólo para llenar aquellos diez años, sino para comprender por qué la Dra. Serach tuvo que comparecer después de la guerra ante un tribunal de honor de la Comunidad Judía. Aquello no tenía sentido si, aunque había sido deportada, se había librado del destino de innumerables personas en Auschwitz y de muchas en Theresienstadt y había sobrevivido. Que, como el célebre rabino Leo Baeck en Theresienstadt, hubiera sido incluida entre los «prominentes» y tratada en consecuencia difícilmente podía ser la razón por la que después tuviera que defenderse. Tal posición privilegiada quizá habría provocado envidia, pero difícilmente se le habría imputado como culpa.

La culpa se juzga allí donde los actos pueden haber perjudicado a otros.

Faltaban diez años entre su destitución y su deportación.

No por casualidad.

No en el tono.

En el contenido.

¿Qué se escondía detrás?

Anoté la signatura del documento y escribí al lado: *Anexo 2: ¿omitido deliberadamente, retirado, nunca adjuntado?*

¿Qué significaba que, después del coral en el que pedía que el Señor no entrara en juicio con ella, apareciera su primera experiencia profesional «en la Oficina Central de Asistencia a la Juventud»? ¿Y cómo evolucionó la Dra. Serach, cómo fue tomando mayor conciencia de sí misma? ¿De sí misma y de «la señorita Wendelin, más tarde señora Stein»?

Una misión oficial para evaluar una publicación arrojaba un destello sobre su propia educación. Martin Blumenreich había escrito un folleto, *Aufbruch – Jungen in Not (Rebelión: muchachos en apuros)*, en el que había plasmado sus experiencias como practicante en diversos reformatorios berlineses. El texto se imprimió, se vendió rápidamente y pronto llegaron

ejemplares al escritorio de la consejera de Policía con la anotación: *Examinar por posible perjuicio para la juventud*.

Mientras la Dra. Serach se debatía con el texto, se vio remitida a sus propias experiencias. Blumenreich relataba cómo los educadores de los hogares, respaldados por los párrocos locales, intentaban hacer frente con disciplina y orden a los conflictos sexuales de los jóvenes bajo su tutela. En las quejas de padres preocupados por el libro podía leerse:

«Mi hija jamás debería haber tenido este escrito entre las manos. Somos de buena familia. Pero ahora imita a esos muchachos rebeldes y pregunta por los lados oscuros de la vida, que espero que nunca llegue a conocer. ¡Intervengan!»

A aquella hija sobreprotegida probablemente le ocurría lo mismo que a ella durante su juventud. Como era habitual, los padres evitaban temas como la amistad y la sexualidad; tampoco había sido distinto en casa de la Dra. Serach. Ni su madre ni su padre hablaban de ello, y sus insinuaciones eran inocentemente desoídas. A lo sumo podía hablar con su hermana o su hermano sobre sus inquietudes interiores y sus fantasías, pero ellos tenían todavía menos experiencia que ella. Durante mucho tiempo no quiso insinuar siquiera a su hermana que sentía algo con mayor intensidad por las muchachas que por los muchachos.

Entonces imaginó que su madre hubiera encontrado un escrito semejante en su habitación o sobre su mesilla de noche.

Tomó con la mano izquierda el sello que tenía delante sobre el escritorio y lo apretó con fuerza contra la almohadilla de tinta roja:

*Perjudicial para la juventud.*

Un año después —la Dra. Serach todavía recordaba vivamente la *Rebelión*— sus superiores volvieron a hacerle llegar una consulta con aquel título. Esta vez debía evaluar el proyecto, convertido en un drama en tres actos. En algunos lugares el texto había sido suavizado con respecto al original literario; en otros, en cambio, estaba formulado de manera considerablemente más revolucionaria. Naturalmente, por las exigencias dramáticas del mundo escénico del Teatro Thalia. La obra debía ser representada por actores jóvenes.

La Dra. Serach redactó una nota en la que dispuso que se respetara una edad mínima para los jóvenes participantes en la puesta en escena. Además, se preguntó si era lícito llevar ante el público el mundo real de los reformatorios y sus conflictos internos, puesto que los espectadores podrían deducir fácilmente qué instituciones concretas se escondían detrás. ¿No podían lesionarse así los derechos de protección de terceros? Probablemente había una razón por la que, hasta entonces, las obras teatrales habían sido creaciones literarias y ficticias y no representaciones documentales.

Aun así, no podía prohibir la representación de la obra siempre que se respetara el marco legal relativo a los actores menores de edad. Las normas de protección —tenía que recordárselo una y otra vez a sus colegas y superiores— debían interpretarse de manera restrictiva conforme a la Constitución de Weimar y al ordenamiento jurídico vigente, no ampliarse arbitrariamente.

La obra, con su retrato de la vida interior de un reformatorio berlinés, obtuvo un gran éxito de público. Sobre todo había cambiado drásticamente la estructura de edad de los espectadores. Nunca antes se habían visto tantos jóvenes en el Teatro Thalia, informaban los periódicos. No siempre para alegría de los padres, que se quejaban del lenguaje, en parte vulgar. Sin embargo, la representación no contenía escenas explícitamente eróticas, aunque los matices

homosexuales, especialmente en las escenas en las que intervenía el clérigo, eran imposibles de pasar por alto o de no escuchar.

Pero la adaptación teatral del material no puso fin al asunto. Algunos meses después, la Dra. Serach tuvo que ocuparse de *Rebelión* por tercera vez, y después repetidamente. En agosto de 1929 se trataba de la prohibición que la Junta de Censura Cinematográfica de Berlín había impuesto a su versión para la pantalla.

La Dra. Serach pidió que le enviaran el guion y después examinó también la realización para determinar si contenía elementos perjudiciales para la juventud. Era una película muda de Arthur-Film Berlin, obra de un director todavía joven, que trabajaba con actores conocidos del elenco de la Volksbühne de Berlín. La mayoría de los intérpretes de los papeles juveniles — entre los que no sólo había muchachos, sino también muchachas— contaban ya con experiencia cinematográfica en temas y películas semejantes, como *Die Siebzehnjährigen* y *Frühlingserwachen*.

A raíz de la prohibición de la censura, el departamento de la Dra. Serach tuvo que comprobar si las bobinas que ya habían sido distribuidas a los cines habían llegado a proyectarse en algún lugar. Arthur-Film Berlin había recurrido la prohibición, pero la Junta de Censura Cinematográfica la mantuvo en octubre de 1929. Para eludirla, Arthur-Film revisó el montaje, eliminó los pasajes objetados, volvió a rodar algunas escenas y consiguió así que, en diciembre de 1929 y febrero de 1930, sólo se mantuviera una prohibición restringida para menores. La Dra. Serach tuvo que seguir aquel auténtico maratón de censura e instruir en consecuencia a sus colaboradores.

Aun así, la Dra. Serach no lograba comprender del todo las duras críticas contra la película que se desataban en los periódicos. Se hablaba de una «repugnante obra tendenciosa» que «azuzaba las pasiones» y «provocaba odio contra los educadores y contra la moral».

Otros criticaban la representación excesivamente positiva de la intervención policial contra los jóvenes rebeldes. Precisamente aquellas correcciones impuestas por la censura le habían parecido problemáticas a la Dra. Serach, aunque presentaran a la Policía prusiana bajo una luz favorable. Pero lo más importante para ella era que, a su juicio, la película no cuestionaba el sistema social existente, sino que se dirigía, con razón, contra una institución jerárquica y anticuada que exponía a los jóvenes a la brutalidad de sus educadores.

Coincidió con la censura en que la obra era inadecuada para menores de catorce años, pero habría deseado un mayor valor ilustrador por parte de la censura cinematográfica, que había ordenado eliminar temas importantes como la solidaridad entre los jóvenes. En cualquier caso, se habría alegrado de haber podido conocer, cuando ella misma era adolescente, modelos semejantes en una película y de descubrir que no estaba sola con las turbulencias emocionales de la pubertad.

En lugar de eso, había tenido que enfrentarse consigo misma sin ninguna orientación.

## «Uch huje»

En el Archivo Regional de Berlín encontré más información sobre otras actividades de la Dra. Serach, también anteriores a su trabajo como policía.

Di con anotaciones de la Dra. Serach que arrojaban luz sobre sus primeros años en la asistencia a la juventud. Primero como practicante; pronto obtuvo un trabajo regular y se convirtió en instructora de jóvenes aprendices, como ella misma había sido poco antes.

Su superiora era una de las primeras mujeres doctoradas del Reich: Elvira Dommerhausen, que impartía seminarios a mujeres sobre cuestiones sociales y jurídicas. La jurista despertó en Tamar el interés por el Derecho, o quizá sólo reavivó aquello que había vivido en la atmósfera de la casa paterna, junto a su padre, y que había respirado como si fuera el propio aire.

Además de Tamar Serach había muchas otras colaboradoras comprometidas que defendían la causa de las mujeres y ayudaban a quienes lo necesitaban: embarazadas, mujeres que habían huido de situaciones de abuso, prostitutas. A través de Dommerhausen, Tamar entró en contacto con el movimiento femenino burgués. En privado, Dommerhausen le confesó:

*El contacto con mujeres más jóvenes, bien dispuestas y atentas —con su mirada abierta, sus ganas de aprender, su disposición a dejarse guiar— libera en mí algo a lo que durante mucho tiempo no he sabido dar nombre. Entre las damas de la Central me vuelvo inquieta, viva, casi temeraria. Algo dentro de mí comienza a arder sin que pueda dominarlo de inmediato.*

*Siento entonces cómo se abren espacios interiores cuya existencia conocía, pero en los que nunca había entrado. No es sólo estímulo intelectual, no es únicamente la conversación o el trabajo compartido: es un eco interior y exterior, una suave atracción que se prolonga en la actitud, la voz y la cercanía.*

*En momentos así me siento emparentada con aquellos artistas que trabajan desde un exceso de sensibilidad, desde un deseo que no siempre busca un objeto, sino que se basta a sí mismo: peligroso, productivo, apenas separable del deseo de ser vista y de verme reflejada.*

Tamar parecía haber comprendido lo que su superiora le había confiado. Y, al leer aquella confesión, comprendí lo que su conservación entre los papeles personales de Tamar debía decir a la posteridad y a mí.

Durante las semanas siguientes, Tamar se esforzó por percibir aquella vía de sentido único de su alma y convertirla, en vez de en un callejón sin salida, en un paso hacia su propio yo. Lo que antes había sentido a menudo como un acto de vencerse a sí misma —permitirse la cercanía de otras mujeres— lo experimentaba ahora como encuentros liberadores. A través de Dommerhausen conoció a una de las más destacadas defensoras judías de los derechos de la mujer: la primera mujer hacia la que desarrolló un sentimiento de pertenencia que iba mucho más allá del ámbito familiar, social y juvenil en el que hasta entonces se había movido.

De pronto, Tamar se encontraba entre mujeres que seguían proyectos de vida completamente distintos de aquellos a los que estaba acostumbrada. Ahora formaba parte de un mundo de mujeres profesionales, en su mayoría solteras, que trabajaban juntas, celebraban juntas, vivían y amaban juntas. Si nadie las hubiera etiquetado desde fuera, probablemente ellas mismas apenas se habrían atribuido una etiqueta propia.

También el relato sobre sus estudios resulta sorprendentemente breve, como si por entonces hubiera sido algo perfectamente natural que una mujer, además judía y, finalmente, una mujer judía sin Abitur, pudiera estudiar Derecho en una universidad.

Podía hacerlo, evidentemente.

El archivo de Berlín explicaba por qué.

Su padre había creado en la Universidad de Heidelberg una fundación privada destinada a apoyar los estudios de historia del derecho, que todavía hoy existe. Como muestra de gratitud y también en reconocimiento de sus méritos científicos y prácticos, la Facultad de Derecho había concedido al padre de Tamar un doctorado honoris causa en 1917. Además, aquella *alma mater*, a diferencia, por ejemplo, de las universidades prusianas, admitía ya desde comienzos de siglo a mujeres como estudiantes ordinarias con derecho a presentarse al examen estatal.

Tamar fue una de ellas. Probablemente gracias a su padre, incluso se le había permitido presentar un trabajo final sin poseer el Abitur, trabajo que obtuvo la calificación de sobresaliente. Aplicó sus conocimientos teóricos en reformatorios, centros infantiles y guarderías de Berlín. Aquellas instituciones estaban financiadas y administradas por la fundación de los Serach.

Con su influencia y su fortuna, su padre había levantado alrededor de su hija un círculo protector, en el que ella entró agradecida y dentro del cual maduró e hizo carrera.

En el Archivo Regional de Berlín encontré también un cuaderno que reunía 201 artículos de periódicos y revistas, informes policiales, dictámenes del departamento de teatro de la Jefatura de Policía y otras evaluaciones de acontecimientos del año 1928. En la cubierta podía leerse:

*Jakob Klemm – Protesta.*

La colección había sido creada por la Jefatura de Policía, pero en los expedientes desempeñaba un papel central precisamente el departamento que dirigía la consejera de Policía Dra. Serach.

Klemm, según pude averiguar, había sido a comienzos de los años veinte un joven actor de diecinueve años procedente de Bonn, que había actuado también en escenarios de ciudades más pequeñas, hasta hacerse cargo del Walhalla, uno de los varietés más antiguos de Berlín. Con escaso éxito comercial.

Después de otros intentos, él —o, más exactamente, su esposa, que tenía poderes para firmar— adquirió en una subasta un local que ambos consideraban apropiado. Ella demostraba tener bastante mejor mano que su marido para comercializar locales teatrales en la ciudad. Al mismo tiempo, apoyaba a su esposo a la hora de incluir en el programa obras susceptibles de provocar escándalo.

Un artículo llevaba por titular:

«Descubierto el pezón para los escenarios berlineses.»

Debajo figuraba el comentario policial de Tamar:

*Al Departamento de Teatro, con ruego de examen y valoración.*

Y debajo, un breve informe:

*El jueves por la noche, 2 de junio de 1927, asistencia de paisano a la representación de «A la caza de piratas». Presencia por razones de servicio. Desde el segundo acto hasta el penúltimo, además de hombres vestidos únicamente con lo más indispensable, aparecieron tres mujeres en distintas escenas y ante decorados cambiantes; unas veces bajo una oscuridad protectora, pero otras también bajo una luz cruda que las dejaba al descubierto —con el torso desnudo—, persiguiendo a los piratas y, posteriormente, rodeándolos con movimientos de danza.*

*Durante sus apariciones, el público, no sólo el más joven, expresó con notable entusiasmo su aprobación mediante aplausos y exclamaciones. No se percibieron manifestaciones de signo contrario. Después de caer el telón, que hubo de levantarse repetidas veces ante nuevos aplausos mostrando de nuevo a las tres actrices semidesnudas, la mayor parte del público se dirigió al establecimiento gastronómico anexo, donde posteriormente se festejó a las actrices en compañía de sus piratas. No hay otros acontecimientos que reseñar.*

El informe estaba firmado por el funcionario encargado, el asistente de la Policía Criminal Kahnert. La consejera de Policía Dra. Serach añadió una línea:

*Reprender por escrito a la propietaria, señora Klemm, e instarla a corregir la indumentaria de las señoras.*

Debajo, Kahnert confirmó:

*Cumplido.*

Por los artículos de prensa adjuntos deduje que el vestuario de la representación apenas había cambiado, o no había cambiado en absoluto, durante las semanas siguientes. Con titulares y fotografías explícitas, los distintos periódicos berlineses discutían sobre la puesta en escena: para unos era demasiado atrevida; para otros, no lo bastante liberal.

Pero no fue principalmente por eso por lo que Klemm acabó en aquel expediente. Aquello sólo era el comienzo.

En las secuelas del caso, el Departamento de Teatro de la Jefatura consiguió que se retirara la licencia a su esposa. El resultado fue que el edificio se vendió y pasó al imperio editorial y mediático del tío de Serach. Éste lo renovó y saneó y volvió a arrendarlo a los antiguos propietarios, que lo inauguraron ahora bajo un nuevo nombre: Rundumvariété.

Según los artículos posteriores, las representaciones se hicieron todavía más explícitas. Después de *Berlin ohne BH* (*Berlín sin sujetador*) llegó al escenario el programa que provocó el mayor número de noticias, quejas y elogios entusiastas entre el amplio público masculino: *Zieh' mich aus* (*Desnúdame*).

En él aparecían en escena nada menos que unas dos docenas de actrices casi desnudas. Para aquella velada se vendía además un programa artísticamente diseñado que no escatimaba en imágenes atrevidas.

Una vez más, el Departamento de Teatro de la Policía tuvo que investigar las acusaciones. La Dra. Serach preguntó a sus superiores si debía ceder la competencia por un posible conflicto de intereses: al fin y al cabo, estaba inspeccionando un establecimiento situado en un inmueble propiedad de su tío. La Jefatura rechazó transferir la responsabilidad, ya que el propietario no ejercía influencia ni tenía responsabilidad alguna sobre los contenidos; los únicos responsables, y por tanto sujetos jurídicos, eran los arrendatarios o inquilinos.

Aquella respuesta inequívoca no facilitó el trabajo de la Dra. Serach. Conocía la situación jurídica, pero también sabía que quizá le habían abierto deliberadamente una trampa en la que podían comprometerla. Sabía que debía actuar con tanta mayor vigilancia. Al mismo tiempo, aquello complicaba las relaciones dentro de la familia, porque en las reuniones familiares podía contar aún menos acerca de aquello de lo que se ocupaba, tanto profesional como privadamente.

Para garantizar una mayor distancia y, al mismo tiempo, transparencia, enviaba a asistentes jóvenes, hombres y mujeres, en misiones de observación y les hacía redactar informes preliminares. De ese modo podía introducirlos además en un mundo que, durante su formación, sólo conocían por el Código de Procedimiento Penal. También estaba dispuesta a dictar órdenes penales e incluso a promover procesos judiciales, aunque fueran contra una institución detrás de la cual figurara el nombre Serach.

También en la siguiente obra, *Reduziert von Z zu A* (*Reducido de Z a A*), las mujeres y los hombres desnudos volvían a importar más que el contenido, sobre el que apenas se informaba. Sólo en *Die Gefährtin* encontró la Dra. Serach la letra de una canción que no daba precisamente testimonio de la profundidad poética de aquellas tablas:

*Está terminantemente prohibido susurrar  
entre tú y entre yo,  
pero algo cosquillea en el aire  
entre tú y entre yo.*

*Lo que no puede hacerse a las claras  
ni tampoco a escondidas,  
lo cantamos bajo la luz roja,  
pues la verdad ama los rodeos,  
y la censura no.*

*Pechos pequeños, bocas calladas:  
lo dice la autoridad y asiente,  
pero al compás de los pequeños pecados  
nos hacemos libres la una a la otra.*

*Está terminantemente prohibido amar,  
así está aquí, negro sobre blanco,  
pero de otro modo puede doblarse:  
entre tú y entre yo.*

La canción se convirtió en un clásico, especialmente su estrofa central:

*Lo que no puede hacerse a las claras  
ni tampoco a escondidas,  
lo cantamos bajo la luz rosa,  
pues la verdad ama los rodeos,  
y la censura no.*

También los homosexuales cantaban la canción. Y, al mismo tiempo, era precisamente entre ellos donde surgía la protesta más fuerte contra el *Rundumvariété*. En otra pieza, anunciada como *Volksbild* —«estampa popular»—, se había introducido en el cuadro duodécimo una escena ambientada en una taberna lúgubre.

Lo que se representaba exactamente en aquel cuadro no quedó registrado en ninguna parte: ni en la prensa ni en los informes policiales o de testigos. Únicamente las palabras, evidentemente pronunciadas con voz afectada, «Uch huje», con las que unos hombres se dirigían a otros hombres, bastaron para que se produjera una considerable perturbación de la función, según relataba el informe policial de otro asistente:

*El sábado 25 de junio de 1927, a las seis de la tarde, fue perturbada la representación en el Rundumvariété de la Friedrichstraße. En el patio de butacas se levantó el editor Wilhelm Hartung y protestó enérgicamente. A su protesta se sumaron unas cuarenta personas situadas en el segundo piso, con gritos, silbidos y patadas contra el suelo. Las catorce personas que no obedecieron al acomodador cuando se les ordenó abandonar el teatro fueron identificadas por la Policía.*

*Después de su detención y expulsión, la representación continuó; sin embargo, apenas cayó el telón, otras personas reanudaron los disturbios. Esta vez no fue posible identificar a los alborotadores.*

*Las personas detenidas anteriormente eran miembros de la «Gemeinschaft der Anderen», fundada por Hartung. Por consiguiente, todas las personas retenidas eran homosexuales.*

La Dra. Serach tampoco había estado presente personalmente en aquella función, pero recibió el informe y lo comentó. Consideraba plausible la descripción, aunque al mismo tiempo dudaba de su exactitud, pues observó que se aproximaba mucho al relato periodístico que había leído en *Die Gefährtin*, aunque no quería servirse de aquella lectura. Hartung, lo sabía, tendía a exagerar y a magnificar las protestas de los homosexuales contra las ofensas que sufrían.

Sobre su mesa tenía una denuncia de la señora Klemm contra Hartung por allanamiento de morada.

Después de examinar el expediente, anotó:

*Según el estado de los hechos, no concurren en la presente denuncia los elementos constitutivos del delito de allanamiento de morada (§ 123 R. St. G. B.). Tampoco existe interés alguno de la Policía Criminal en continuar esclareciendo este asunto. El Departamento de Teatro se hará cargo del caso y negociará con denunciados y denunciantes.*

Pocos días después, la Dra. Serach debió de visitar a los Klemm y explicar al matrimonio que había examinado el asunto y compartía la valoración de su colega de la Policía Criminal, quien le había comunicado lo siguiente:

*A mi entender, el carácter ofensivo del pasaje incriminado y perturbado bien podría situarse, para determinados sectores del público, dentro del ámbito de una posible lesión de los derechos de la personalidad. Sin embargo, personalmente no encontré en él motivo alguno de objeción. Tampoco percibí por parte del público general expresiones de desagrado, sino risas.*

Y otro colega sólo le había comunicado que, después de la escena denunciada, «los aplausos fueron débiles».

Recomendó a los empresarios que revisaran el nivel de sus espectáculos y tuvieran en cuenta las sensibilidades de su público. Anotó:

*Con ello se archiva el caso.*

Que los Klemm sí eran capaces de tener en cuenta a su público quedó demostrado para la Dra. Serach en otro espectáculo. Actuó un joven dúo judío de Hamburgo que imitaba los textos y canciones de sus admirados modelos del Wolf-Trio. En este caso, las quejas que llovieron sobre la Policía berlinesa no procedían de círculos de derechas, sino de espectadores judíos, mientras que la prensa entonaba grandes elogios a aquellos «auténticos chicos de Hamburgo».

La Dra. Serach pidió que le enviaran los textos junto con las indicaciones escénicas. Consternada, leyó:

*Por Schneidemühl van dos caminando,  
Salomon y Benedikt,  
enseguida se sabe lo que han de ser;  
o al menos eso cree uno al mirarlos.*

*Delante de ellos, orgullosos, a paso marcial,  
dos oficiales, impecables y engalanados,  
con cinta de condecoración y el pecho reluciente,  
rebosantes de altivez y de otras tantas cosas.*

*Dice uno, tieso y descarado:  
«¡Nunca he visto un piojo, qué espanto!  
Al que me enseñe semejante animalito  
le pagaré seis táleros, sin vacilar.»*

*Salomon sonríe, suave y callado:  
«¿Oyes cuánto quieren a los judíos,  
siempre que suministren lo que todos conocen:  
la imagen que tanto les gusta nombrar?»*

*Benedikt mete tranquilamente la mano en el chaleco,  
muestra el animal: ni palabra ni gesto.  
Los señores pagan y siguen su camino:  
confirmada queda la vieja norma.*

*Los amigos van a comprar un reloj:  
quince táleros; el tiempo tiene su precio.  
«Dos piojos más», dice Salomon en voz baja,  
«y hasta el tiempo pagará su precio».*

No es de extrañar, se dijo la Dra. Serach, que los nacionalsocialistas se subieran a las sillas para aplaudir; pero también los fieles conservadores berlineses repetían como estribillo los dos últimos versos.

Examinó otros textos del dúo. Otra vez judíos llenos de piojos, pulgas por todas partes; en una indicación escénica podía leerse:

«Con una ridícula mascarada kosher, parodiando lo judío de arriba abajo.»

Evidentemente, el dúo ni siquiera necesitaba explicar qué significaban aquella «mascarada kosher» y aquella parodia de lo judío. La Dra. Serach compartía las críticas hacia los *Ostjuden* que inundaban Berlín, llegados de la Polonia del Congreso, Varsovia, Łódź, Lublin y otras ciudades, pero también de lugares más lejanos, como la Jerusalén del Norte, la lituana Vilna, y después de Bielorrusia, Ucrania y otros lugares.

Entre ellos había muchos sionistas; la mayoría hablaba poco alemán y, en cambio, yidis. Además, llamaban la atención por su vestimenta asquenazí ortodoxa y por su tendencia a concentrarse en determinados distritos berlineses.

¡Si al menos hubiera habido más intelectuales, eruditos y rabinos entre ellos!

En lugar de ello, aumentaban las tensiones no sólo entre judíos y no judíos, sino que la Dra. Serach tenía que acompañar cada vez con mayor frecuencia intervenciones provocadas, como en aquel caso, por enfrentamientos entre judíos y judíos.

Las fotografías adjuntas correspondían a la segunda parte del espectáculo: «Sólo para caballeros». Su asistente había añadido: «escenas sexuales confusas y textos insinuantes». Sin embargo, las damas y caballeros que aparecían en las imágenes formaban una compañía de baile que se encontraba claramente muy por encima de la edad de minoría.

A la Dra. Serach le habría gustado sancionar aquella autodenigración judía. Que una canción llevara por título *Nur deutsch will ich sein* —*Sólo quiero ser alemana*— denigraba el serio esfuerzo de los judíos por mejorar la sociedad de su patria.

Pero ella no era una instancia de censura moral, se recordó.

Su cometido era limitado: la protección de la juventud.

La Dra. Serach escribió debajo su dictamen:

*No procede tomarlo en consideración.*

También en el Archivo Regional de Berlín encontré un cuaderno con recortes de prensa e informes sobre los llamados «pequeños escándalos», así como una nota interna de observación de 1928.

Entre aquellos «pequeños escándalos» figuraban las actuaciones de Anni Lehmstädt, una suaba que había hecho fortuna en Berlín y que, para conseguirlo, había aprendido expresamente a hablar berlinés. Interpretaba éxitos como *Joseph heeßt er*, *Warum soll sie nicht mit ihm oder ihr* y *Wwwerft die Männern aus 'm Reichstag*, que se cantaban en carpas y tabernas de todo el país.

La Dra. Serach se había ocupado detenidamente del caso porque era de dominio público que Anni vivía con su compañera, Charla, y ni siquiera trataba de ocultarlo. Es más: aprovechaba aquella circunstancia en muchas de sus canciones y números de cabaré para provocar al público.

La Dra. Serach consideraba que de ese modo no hacía ningún favor ni a su sexo ni al amor entre personas del mismo sexo.

Pero durante muchos años fue considerada un «personaje», también y precisamente en los círculos de derechas. Aunque era bajita, algo regordeta y tenía aspecto bonachón, los informes señalaban que mujeres y hombres ya se subían a sillas y mesas antes incluso de que apareciera en escena. Con sus gestos, sus ojos penetrantes y su voz ahumada, y después con aquella sencillez interpretada de la mujer de al lado o del Alex, se ganaba al público.

Su canción más famosa, como mostraban los informes policiales, también la metió en los mayores aprietos:

*¡Joseph heeßt er!*

*¡Joseph se llama!*

*Como ese chico sabe apretar, besar, achuchar,*

*salvajes conozco a muchos,*

*que llegan pronto a la meta,*

*pero ninguno sabe como él.*

*¡Sólo él es el maestro!*

*¡Joseph se llama!*

*Su deseo sólo se vuelve de verdad salvaje*

*cuando me lo revuelve todo y me lo arruga,*

*la blusa y la falda,*

*no por maldad, sólo por ganas.*

*¡Sólo él es el maestro!*

*¡Joseph se llama!*

No sólo cantaba en los grandes escenarios de los teatros alemanes, sino también en varietés, locales pequeños y bares, asimismo ante públicos femeninos, donde le gustaba interpretar canciones con resonancias lésbicas:

*Frida llega vestida de caballero,*

*un clavel hundido en el ojal,*

*pero en la media reluce una franja de seda*

*y en la muñeca, una pequeña pulsera.*

*Fuma, ríe, te mira de soslayo,*

*lleva pintalabios: atrevida, descarada.*

*Medio oficial, con orgulloso porte,*

*y paga ella misma, sin deberle nada a nadie.*

La asistente de la Policía Criminal dejó constancia:

«La llegada fue dificultosa porque el club de mujeres resultaba difícil de encontrar. El nombre “Tempel” no aparecía en ninguna parte; los transeúntes de la calle, incluidas las mujeres, no supieron dar información. El único establecimiento hostelero próximo a la dirección indicada era visiblemente una institución frecuentada exclusivamente por hombres,

registrada en nuestros archivos como conocido punto de encuentro en el que habían sido detenidos repetidamente sospechosos en virtud del § 175. Tampoco las preguntas a los clientes dieron resultado.

Sólo al dirigirse al aseo pudo advertirse otra sala vacía, de la que partían una puerta discreta y, detrás de ella, unas escaleras que conducían a otra pista de baile. Allí esperaba una mujer en la entrada. Entrada: 30 pfennig.

Tocaban músicas con instrumentos de viento y la actuación de Anni Lehmstädt objeto de la inspección estaba ya en pleno desarrollo. El salón estaba adornado con guirnaldas; damas distinguidas y mujeres con elegantes vestidos largos se alternaban con otras vestidas de esmoquin, con monóculos y cortes *Bubikopf*, y también con otras de atuendo más modesto. La pista estaba llena. Las mujeres se apretaban unas contra otras, muchas veces con vasos en la mano.

Todas cantaban con fuerza la canción incriminada. La letra se había impreso acompañada de imágenes frívolas de mujeres, estaba incluida en el precio de la entrada y se adjunta al presente informe.»

*¡Echad a los hombres del Reichstag,  
echadlos del Landtag,  
barredlos de la Cámara de los Señores:  
¡nosotras nos montaremos un festín de damas!*

*¡Echad a los tipos de cada edificio,  
ahora entramos nosotras, las mujeres!  
Con guantes y boquilla de cigarrillo,  
y ocupamos sus asientos.*

*Ni una barba en el pleno,  
ni pechos planos con acero de medallas:  
sólo medias de seda y miradas inteligentes,  
y carmín en vez de felicidad masculina.*

*¡Echad a los hombres de la tribuna!  
¡Basta ya del eterno culto al Führer!  
Ahora la señorita Poder se sienta de frac  
y se ríe mientras hace las leyes.*

La Dra. Serach no pudo reprimir una leve sonrisa mientras recitaba para sí el texto. Le sorprendía que aquella actividad de mujeres fuera posible en el patio trasero de una taberna homosexual; aún más le sorprendía la evidente crítica a la idea del Führer, con la que Anni se enfrentaba al ascenso de Hitler.

La Dra. Serach dudó si debía mantener la vigilancia sobre la artista.

En aras de una administración económica de los fondos públicos, decidió:

*Inspección del objeto concluida.*

Al parecer, se había dado por satisfecha demasiado pronto.

Porque la siguiente pieza del expediente añadía un nuevo capítulo al caso.

Había varias denuncias policiales procedentes de círculos del NSDAP que protestaban por las críticas al Führer y también porque, en salones, carpas de fiestas e incluso en ferias, la canción *Joseph heeßt er!* terminaba con una estrofa compuesta y cantada por el pueblo:

*A la derecha una flaca, a la izquierda una ligera,  
sólo arrastra un pie: es un cojo,  
pero hablando sí que es un maestro:  
¡Joseph se llama!*

Por cuanto permitían deducir los informes, Anni Lehmstädt no parecía haber compuesto aquella estrofa, ni haberla cantado sobre el escenario, ni siquiera haberse sumado al canto.

Por otra parte, la estrofa hizo comprender a la Dra. Serach que no debía subestimarse a aquel estridente propagandista que ponía las palabras del pueblo en boca de la cantante para después hacerla pagar por ellas: Josef Goebbels recorría el Reich como orador más de uno de cada dos días del año, probaba suerte como novelista, exhibía teatralmente su agudeza retórica como intelectual y extendía ante Hitler una alfombra roja y negra.

Con un estremecimiento, su firma y su sello, la Dra. Serach dio por concluido también aquel expediente policial.

No sólo consideraba que estaba justificado hacerlo.

Le parecía un deber.

Porque estaba convencida de que el orden y la libertad no tenían por qué contradecirse, siempre que el orden permaneciera en buenas manos policiales.

Debía ser una mano sobre la cual se extendiera la de aquella poderosa institución que era la Policía prusiana, sometida al control parlamentario.

## Su cita

Lo que siguió no podía reducirse a un lugar, ni a un día, ni tampoco a una decisión.

Fue un desplazamiento.

No eran las personas quienes entraban en un escenario extraño o emprendían un camino nuevo.

Casi imperceptiblemente, el suelo se movía bajo sus pies.

Tamar estaba sentada detrás de los cristales enmarcados en madera que convertían el vestíbulo del *Café Vaterland*, en Potsdamer Platz, en una habitación silenciosa y en penumbra, dejando fuera el frío primaveral y la humedad del aire.

Allí afuera circulaban tranvías, carruajes, automóviles y también ostentosos coches Effinger, como impulsados por fuerzas ajenas.

Su ruido sólo llegaba amortiguado a través de los cristales.

Aquella noche había llegado especialmente temprano. Desde que se habían fijado el lugar y la hora del primer encuentro con la desconocida C. W., había esperado aquel día con impaciencia. Para aquella primera cita —y, esperaba, no la última— Tamar había escogido deliberadamente una mesa desde la que podía ver la entrada.

No por miedo.

O no sólo por miedo.

Más bien por costumbre. Los años en la Policía le habían enseñado que incluso un café tomado en privado podía convertirse en un escenario observado por otros: desde delante, desde un lado y desde atrás. Qué leía, qué escribía y a quién recibía en su mesa. Y que incluso desde abajo se susurraban indicaciones y correcciones para prescribirle lo que debía cantarse sobre las tablas conforme al libreto establecido.

Entonces la puerta se abrió de golpe.

Tenía que ser C. W.

Más baja de lo que Tamar la había imaginado, pero con una mirada de Argos, decidida y rápida, con la que la recién llegada había inspeccionado todo el espacio del café en menos de un segundo.

La joven entregó su abrigo a un camarero que se acercó a recibirla y avanzó sólo en apariencia en dirección contraria a Tamar; durante un instante, sin embargo, sus miradas se rozaron.

Aparentemente tranquila y segura de sí misma, C. W. pasó entre las mesas y tomó de la pared uno de los diarios del día, sujeto a una varilla de madera.

Sin querer, Tamar se levantó y se acercó a la falange de periódicos expuestos, sin que los demás pudieran advertir que buscaba con la mirada a C. W. La joven parecía escoger entre los distintos periódicos una revista para mujeres.

Tamar sintió el impulso de dirigirse a ella, de hacerle, si no una reverencia, al menos alguna señal; pero se dio cuenta de que allí no se encontraba para realizar un acto oficial. Por fin debía desprenderse del curso de su jornada y relegar su uniforme profesional detrás de su propia persona.

Aun así permaneció de pie, cohibida por su propia formalidad, atrapada por la sensación de que desde distintas mesas se dirigían miradas hacia ella y hacia la persona que le daba la espalda. Más aún que aquellas supuestas observaciones, inquietó a Tamar la súbita impresión de haber visto ya a C. W. en algún lugar. Pero no lograba recordar en qué contexto: ¿en la calle, en el tranvía? ¿En una sombrerería? ¿En la Biblioteca Estatal?

Para no tener que exhibir su nerviosismo, Tamar se había llevado algo de trabajo del despacho. Sobre la mesa había una nueva y audaz publicación:

*Berlin für Lesbische. Ein Plädoyer für die Priesterinnen der Sappho. Mit einem Vorwort von Dr. Rosenhain.*

Tamar debía informar sobre el libro y determinar si infringía la ley para la protección de la juventud frente a escritos basura e indecentes: una tarea delicada en la que ella misma se sentía sometida a prueba.

C. W. se volvió y miró a Tamar a la cara.

Tamar tembló de pies a cabeza.

Después C. W. miró hacia la barra, desde donde el camarero le dirigió una mirada.

Pareció disponerse a volverse hacia él, pero en realidad se limitó a descolgar la revista del gancho de la pared y tomó además el voluminoso *Berliner Zeitung*. Provista de ambas publicaciones, se volvió hacia Tamar y le tendió la mano a modo de saludo.

Parecía saber perfectamente a quién tenía delante.

—Clara —dijo—. Clara Wendelin. ¿Quiere echar conmigo un vistazo al periódico?

Tamar apenas consiguió abrir la boca. Asintió, mostró interés y finalmente se obligó a responder:

—Tamar Serach.

Señaló la mesa donde estaba su taza de café, junto al libro que debía examinar.

—Me alegraría que se sentara conmigo —respondió con vacilación.

A su alrededor parecían haberse aguzado todos los oídos.

La señorita Clara Wendelin fue delante y se encaminó hacia la mesa de Tamar.

¿Así era la mujer a la que no había asustado la expresión «amiga dominante» del anuncio?

La señorita Wendelin era más joven de lo que Tamar había pensado. No tímida, aunque en aquella primera impresión menos directa de lo que sugerían sus atrevidas líneas. ¿Era aquella aparente reserva expresión de su origen familiar? ¿Pertenece a las «mujeres de condición humilde»?

Clara se sentó.

Abrió el periódico.

Había un desnivel entre ellas.

Perceptible.

No expresado.

Y, sin embargo, ¿qué podía cambiar aquello?

Tamar se sentó frente a Clara.

Cuánto se había beneficiado durante los años anteriores de proceder de una gran familia.

Precisamente ahora, aquello se convertía en una carga. En un peligro.

Quizá sólo era prudencia.

O miedo ante lo que comenzaba allí: un eco de aquello que había leído en la introducción del libro que tenía delante. La autora se resistía a considerar a las mujeres lesbianas como seres temerosos, enfermos o inferiores y subrayaba que aquellas mujeres eran, ciertamente, diferentes —así lo había leído—, pero criaturas plenamente equivalentes a las consideradas normales.

¿No era eso demasiado poco, muchísimo demasiado poco, y además erróneo?

¿No conducía semejante autovaloración al servilismo femenino que se esperaba incluso en los niveles inferiores de su propia institución y que, mediante la misión que se le había encomendado, se revestía desde las alturas de otras formas?

¿Podría hablar también de aquello con C. W. en el futuro?

Incluso la propia orden de examen que tenía ante sí no le parecía jurídicamente del todo pensada. Ahora bien, pocos en su departamento eran juristas; sólo otra mujer además de ella poseía un doctorado en Derecho. Como siempre, las mujeres tenían que estar mejor cualificadas que su entorno masculino para poder siquiera entrar en él.

Incluso estaban mejor formadas que sus superiores.

Habría bastado con mirar la ley.

En realidad.

Desde el principio no se habría formulado aquella solicitud de dictamen, o al menos se habría planteado con mayor cautela, porque los superiores deberían haber sabido que no podía existir censura estatal de los productos de prensa, ni censura previa ni censura represiva posterior. Conforme al § 118 de la Constitución de Weimar, toda censura en el ámbito político y periodístico estaba expresamente prohibida. Las excepciones estaban formuladas de modo

restrictivo: sólo las películas o los impresos relevantes para la protección de la juventud podían someterse a censura.

¡Cómo había celebrado Tamar aquellas innovaciones, el hecho de que, por fin, la libertad de prensa y publicación constituyera la base social de la República!

—Dos cafés —pidió C. W. al mismo hombre que le había recogido el abrigo, sin mirar a Tamar.

Tamar intentó saltar de aquel carrusel de pensamientos que parecía girar sin fin y no quería permitirle entregarse al momento.

C. W., en cambio, parecía relajada. Había extendido el periódico delante de sí, lo levantó para leer y creó con él una especie de muralla protectora contra la curiosidad de las dos señoras de la mesa vecina. Para ello se acercó más a Tamar, más de lo que habría sido necesario.

Tamar tenía en la mano la guía de Berlín.

—¿La conoce? —preguntó con cautela.

Clara negó con la cabeza, tomó el librito y empezó a hojearlo.

—¡Por fin algo para nosotras!

Tamar respiró profundamente.

—Sólo es un comienzo. La primera guía para mujeres lesbianas en Berlín. ¡Y ya en segunda edición después de sólo unas semanas! Lea el prólogo.

*Entre las mujeres que aman a mujeres y que se ven obligadas a vivir más allá de las normas habituales, un determinado lugar de encuentro goza de especial popularidad: el club «Amethyst», que celebra sus veladas en el Hotel Silberquell de la Lindenstraße. Sobre todo jóvenes dependientas, empleadas de oficina, costureras y otras mujeres de condición humilde encuentran allí un lugar donde pueden respirar. Se procura en todos los sentidos ofrecer, al menos durante unas horas, calor, risas y un sentimiento de pertenencia a aquellas cuya vida cotidiana rara vez resulta fácil.*

*El club no se entiende simplemente como local de baile, sino como comunidad. Su objetivo declarado consiste en fomentar el afecto y el respeto mutuo y, al mismo tiempo, actuar conjuntamente contra la desvalorización social de aquellas mujeres que no viven ni aman conforme a las reglas tradicionales. Esta marginación se ha agravado durante los últimos años, porque determinados círculos políticos están considerando extender también a las mujeres disposiciones penales que hasta ahora sólo afectan a los hombres: una amenaza que se cierne como una sombra sobre muchos destinos.*

*Incluso sin semejantes leyes, la vida cotidiana de estas mujeres está marcada a menudo por la dependencia, la ruptura con la familia, la desconfianza en el trabajo y una sensación permanente de menosprecio. Una intensificación de la persecución daría vía libre a chantajistas y denunciantes. Para algunas, el precio de seguir viviendo apenas resultaría ya soportable.*

*Precisamente por eso, el Amethyst significa más que un simple lugar de entretenimiento. Es un silencioso acto de resistencia y, al mismo tiempo, un espacio de alegría: el baile, la sonrisa, el roce fugaz sobre la pista, entre la música y la luz; para muchas, un fragmento de dignidad recuperada.*

—Tengo que informar sobre el libro, pero estoy de acuerdo con el prólogo en que, para cambiar las actitudes, también debe modificarse la base legal. Es cierto que las mujeres de la República no están expuestas a la persecución penal del § 175 y, en ese sentido, se encuentran menos directamente amenazadas que las mujeres de igual inclinación en Austria; pero aun así, debido a los prejuicios corrientes y a las concepciones morales burguesas, son relegadas a ámbitos que no han elegido. Mi experiencia práctica cotidiana... las mujeres...

—Nosotras, las mujeres —la interrumpió Clara.

—Las mujeres —continuó Tamar— están más expuestas que los hombres, porque en el caso de ellos la punibilidad está definida y, por ello, también limitada; las mujeres, en cambio, viven en el claroscuro, allí donde a los hombres les gusta tenerlas: accesibles y vulnerables. Eso sostiene la autora.

—¿Usted lo cree?

La voz de Tamar se hizo más baja.

—La autora argumenta con dureza contra los dogmas religiosos que estigmatizan a las lesbianas como criaturas degeneradas. Bajo el título *Yo acuso*, cita a Émile Zola y presenta el ejemplo trágico de una pintora que, pese a vivir con una amante, fue empujada al matrimonio: *Sólo una mujer de mi condición podrá comprenderme, podrá sentir conmigo lo que significa tener que vivir entre personas para las que una es extraña e incomprensible, ante las que ni siquiera puede insinuar cuán distinta es su relación con ellas, sola con su anhelo.*

Clara levantó aún más la pared de papel del periódico, cambió el tono de voz y se dirigió a Tamar muy suavemente, pero con insistencia:

—¿De verdad se llama Serach? ¿Es usted T. S.?

Tamar sonrió, confirmó con la cabeza y preguntó a su vez:

—¿Y usted es C. W.?

Clara no dijo nada.

Después de una breve vacilación por ambas partes, las dos empezaron a sonreír, soltaron una pequeña risita, y la señorita Wendelin tomó la mano de Tamar y —protegida por el periódico— dejó sus dedos sobre ella un instante demasiado largo antes de rozarle brevemente el dorso.

Aquello electrizó a Tamar y, al mismo tiempo, hizo que retirara ligeramente la mano.

—Temía que no viniera.

—Yo también —admitió Tamar—. Quizá porque pensé que me había mostrado demasiado exigente.

Las dos se echaron a reír.

Clara primero.

Su rostro se iluminó, su espalda se enderezó.

—Entonces, a partir de ahora, Clara —dijo alegremente.

—Y, propongo, a partir de ahora, entre nosotras, no en público: Tamar.

—Eso va rápido.

Pausa.

—¿Demasiado rápido? ¿Demasiado? ¿Te estoy atropellando? —preguntó Clara.

—No preguntes. Lo necesito.

—¿Aunque vaya demasiado lejos?

—Te darás cuenta. Sólo hazlo.

De nuevo aquel breve silencio sin preguntas, sin condiciones ni peros.  
Una sonrisa cruzó el rostro de Clara.  
—Entonces no deberíamos cambiarlo.  
Un acuerdo al margen de la mirada pública, incluso dentro de un café.  
¡Lo que podía hacer posible una delgada capa de papel!

